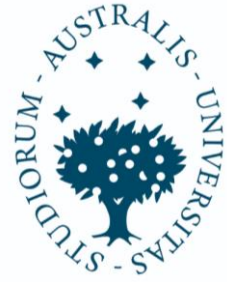




UNIVERSIDAD
AUSTRAL



TRABAJO DE INTEGRACIÓN FINAL

IMPACTO DE LA POBREZA Y DE LA VULNERABILIDAD SOCIO-FAMILIAR EN EL DESARROLLO COGNITIVO Y EMOCIONAL DE LOS NIÑOS.

Importancia de la estimulación de competencias básicas en los primeros años de vida.

ALUMNA:

María Candela Spangenberg

SUPERVISORA:

Lic. María Renata Beatriz Ruiz de Galarreta

COORDINADORA:

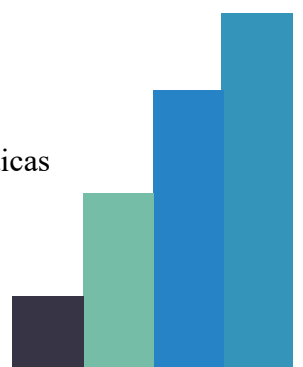
Dra. Lucía M. Alba- Ferrara, Lic., Msc., PhD.

Universidad Austral

Facultad de Ciencias Biomédicas

Licenciatura en Psicología

Noviembre de 2018



IMPACTO DE LA POBREZA Y DE LA VULNERABILIDAD SOCIO- FAMILIAR EN EL DESARROLLO COGNITIVO Y EMOCIONAL DE LOS NIÑOS.

Importancia de la estimulación de competencias básicas en los primeros años de vida.

ÍNDICE

1. RESUMEN.....	2
2. DELIMITACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO, DEFINICIÓN DEL PROBLEMA Y FUNDAMENTACIÓN.....	3
3. OBJETIVOS.....	4
3.1 Objetivo general.....	4
3.2 Objetivos específicos.....	4
4. METODOLOGÍA.....	5
5. DESARROLLO CONCEPTUAL.....	6
5.1 Desarrollo como fenómeno multidimensional.....	6
5.2 Influencia del ambiente.....	6
5.3 Importancia de los primeros años de vida.....	7
5.4 Desarrollo, pobreza y vulnerabilidad socio- familiar.....	8
5.5 Enfoque de derechos.....	9
5.6 Nutrición y desnutrición desde el momento de la concepción.....	11
5.7 El valor de la estimulación.....	13
5.8 Desarrollo cognitivo y desempeño escolar.....	13
5.9 Desarrollo emocional y socialización.....	16
5.10 El apego seguro como factor protector.....	17
5.11 Familia y procesos de interacción.....	19
5.12 Competencias parentales y estilos educativos.....	20
5.13 Teoría de los sistemas.....	29
5.14 Pensando en propuestas de intervención.....	30
5.15 Los beneficios de las emociones positivas.....	35
5.16 Resiliencia.....	36
6. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES.....	38
7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	42
8. ANEXO.....	48

1. RESUMEN

En la Argentina, los niños enfrentan retos y vulnerabilidades importantes, incluyendo pobreza, malnutrición y ambientes socio- familiares adversos que comprometen su potencial de desarrollo. Los primeros años son claves para el desarrollo biosocial, cognitivo y psicosocial de los niños, y tienen consecuencias serias sobre la educación formal así como para el resto de la vida. Las condiciones ambientales pueden actuar como facilitadoras o inhibidoras de tal desarrollo, es aquí donde la pobreza y la vulnerabilidad socio- familiar adquieren importancia. El presente trabajo, a partir de una revisión bibliográfica, tiene el objetivo de estudiar la influencia de estas condiciones en los defasajes cognitivos y psicosociales más frecuentes en los niños, profundizar en la influencia de los estilos parentales e indagar sobre cómo estimular el desarrollo de competencias cognitivas básicas y habilidades sociales en los niños. Se observan indicios de cómo la pobreza puede obstaculizar las oportunidades de crecimiento y aprendizaje, al imponer fuertes limitaciones al desarrollo y al progreso individual y colectivo. Los primeros momentos de la vida se revelan críticos, es en ellos donde hay que optimizar, mejorar y poner a disposición todos los recursos necesarios para cubrir las distintas áreas del desarrollo humano, para cuidar y dar respuesta a las desventajas y carencias a las que se ven expuestos muchos niños.

2. DELIMITACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO, DEFINICIÓN DEL PROBLEMA Y FUNDAMENTACIÓN

Se estudió el impacto de la pobreza y de la vulnerabilidad socio- familiar en el desarrollo cognitivo y emocional de los niños, justificando la importancia de la estimulación de competencias básicas en los primeros años de vida. Para ello se realizó un trabajo de análisis crítico y sistematización teórica. Se pretendió llevar a cabo una indagación que pudiese generar un estado de la cuestión sobre la temática, ya que se trata de un tema aparentemente poco estudiado e investigado en la Argentina, donde la problemática se revela como grave según los datos del Observatorio de la Deuda Social Argentina.

El valor de este estudio radica en la articulación del conocimiento sobre la temática, que puede ser útil para investigaciones posteriores que provean constructos teóricos más precisos e investigaciones empíricas que aporten datos que apoyen dichos constructos y permitan intervenciones apropiadas y efectivas en el campo.

Como se afirmó anteriormente, el problema es de gran envergadura en amplios sectores sociales de la población argentina, y las acciones remediales y/o paliativas, en una primera aproximación, no parecen tener suficientemente en cuenta los enfoques actuales sobre la problemática, o también se podría conjeturar que estos no proveen de un conocimiento profundo de las cuestiones implicadas y por tanto no satisfacen las necesidades de intervención basadas en los mismos.

3. OBJETIVOS

3.1. Objetivo general:

- ✓ Determinar el impacto de la pobreza y de la vulnerabilidad socio-familiar en el desarrollo cognitivo y emocional de los niños, y la importancia de la estimulación de competencias básicas en los primeros años de vida.

3.2. Objetivos específicos:

- ✓ Estudiar la influencia que tiene la situación de pobreza y vulnerabilidad socio-familiar en los defasajes cognitivos y psicosociales más frecuentes en los niños.
- ✓ Identificar los estilos parentales y cómo estos influyen en el desarrollo de competencias cognitivas básicas y habilidades sociales.
- ✓ Justificar la importancia de la toma de conciencia respecto a priorizar el desarrollo humano durante el embarazo y los primeros años de vida, y el fomento del cuidado de estos primeros años en base a la incidencia de la niñez temprana en el desarrollo humano integral.
- ✓ Relevar las formas de estimulación para el desarrollo de competencias cognitivas básicas y habilidades sociales en los primeros años de vida.

4. METODOLOGÍA

Se llevó a cabo una revisión bibliográfica, focalizando la búsqueda en palabras claves tales como: ambiente, ámbitos de crianza, apego, competencias cognitivas básicas, contexto, contexto familiar, crecimiento, crianza, desarrollo, desarrollo cognitivo, desarrollo infantil, desnutrición, educación, embarazo, emociones positivas, estilos parentales, estimulación, estrategias de intervención, factores de riesgo, factores protectores, familia, habilidades sociales, infancia, intervención, niños, parentalidad, pobreza, resiliencia, sistemas, vulnerabilidad. Se analizaron libros de la especialidad, trabajos finales de grado, documentos de investigación y documentos estadísticos del Observatorio de la Deuda Social Argentina y revistas científicas como *Ansiedad y Estrés*, *Child Development*, *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, *Interdisciplinaria*, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, *Niñez y Juventud* y *Revista Latinoamericana de Psicología*, entre otras. Se realizó un trabajo de análisis crítico y sistematización teórica.

5. DESARROLLO CONCEPTUAL

5.1. Desarrollo como fenómeno multidimensional

En muchos países de medianos y bajos ingresos, como es el caso de la Argentina, los niños enfrentan retos y vulnerabilidades importantes, incluyendo pobreza, marginación, malnutrición y ambientes familiares y sociales adversos que comprometen su potencial de desarrollo (Tuñón, 2015).

El desarrollo es un proceso complejo que comprende los cambios que se producen a lo largo del tiempo en el cuerpo, el pensamiento y la conducta de una persona como resultado de influencias biológicas y ambientales. Es un proceso integral de construcción y cambio (Orozco-Hormaza, Sánchez- Ríos y Cerchiaro- Ceballos, 2012). El desarrollo y el bienestar infantiles dependen de un conjunto de dimensiones (físicas, emocionales y sociales) que afectan el desarrollo y la calidad de vida inmediata de los niños así como también su potencial en términos del desarrollo humano (Amar Amar, Abello Llanos y Tirado García, 2005; Ben- Arie, 2008). Es un fenómeno multidimensional cuyo estudio debe considerar dimensiones biológicas, psicológicas, ambientales y culturales. Entre ellas se deben considerar el rol modulador de los contextos de desarrollo, la influencia de los ámbitos de crianza, los estilos parentales, las propias características del niño, la susceptibilidad individual al ambiente y otros factores presentes en el hogar, la escuela y la comunidad.

5.2. Influencia del ambiente

Si bien el niño crece y se desarrolla en función de su herencia genética, son especialmente las condiciones ambientales las que actuarán como facilitadoras o inhibidoras de tal desarrollo (Avondet, 2016). Muchas de las capacidades de los niños son capacidades potenciales que, para desarrollarse, necesitan ser acompañadas no sólo de los nutrientes necesarios, sino también del reconocimiento y el estímulo de las interacciones permanentes con sus padres o cuidadores (Barudy y Dantagnan, 2005). Para que el niño logre un adecuado desarrollo físico, motor, cognitivo y emocional, debe recibir una adecuada nutrición, un buen cuidado de la salud, el ambiente debe proveerle el tipo de estimulación adecuada para que pueda aprender y comience a desarrollar la inteligencia (Amar Amar et al., 2005). En el complejo proceso de crecimiento, participan una serie de factores relacionados con el individuo y con su ambiente, algunos de los cuales pueden favorecer el crecimiento o bien retrasarlo (Cusminsky, Lejarraga, Mercer, Martell y Fescina, 1994). Así, el ambiente juega un papel fundamental ya que puede actuar como facilitador del desarrollo del niño o como inhibidor del

mismo. La familia es el contexto primario del cuidado de la salud y es quien transmite modelos de conducta saludables o insalubres. Diversos factores tales como la nutrición prenatal y posnatal, el nivel de educación de los padres, los sucesos de vida positivos o negativos, la calidad de la estimulación y los estilos de crianza pueden, de acuerdo con su naturaleza y su forma de presentación, hacer que mejore o empeore la calidad de vida de un niño, actuando como factores de riesgo o de protección (Di Iorio, Urrutia y Rodrigo, 2000; Tuñón, 2015). Los factores de riesgo hacen referencia a cualquier rasgo, característica o exposición a determinados factores, que vuelven vulnerable a una persona, pudiendo ser individuales, ambientales o sociales. Los factores de riesgo individuales son aquellos que dependen de la persona y de sus características individuales; los ambientales surgen del medio que rodea a la persona así como también sus condiciones de vida; y los sociales están vinculados a las relaciones con los demás. Por su parte, los factores protectores tienen que ver con características personales o del ambiente capaces de disminuir los efectos negativos de ciertas situaciones que, de otro modo, conllevarían un riesgo. En este caso, los factores cotidianos de protección son aquellos elementos y circunstancias que las familias construyen para defenderse a sí mismas y a los niños de la situación de pobreza en la que viven (Amar Amar, 2000).

5.3. Importancia de los primeros años de vida

Los primeros años son fundamentales ya que el desarrollo emocional y social temprano recibe la influencia de la conducta de la madre, del apoyo del padre, de la calidad del cuidado diario, de los patrones culturales, de los rasgos heredados (Stassen Berger, 2016), del nivel educativo de los padres, de las condiciones sociales, de las oportunidades educativas y de estimulación, entre otras (Peñaranda Correa, 2003). Estos primeros años son claves para la educación, por lo que aún con la institucionalización del jardín de infantes a los 2 o 3 años no se alcanza a suplir la debida estimulación y aculturación del niño pequeño en su núcleo familiar. Existe consenso en que todas las relaciones reciben influencia de las primeras experiencias, siendo el desarrollo del niño desde la concepción hasta los primeros años de vida la base para su desarrollo biosocial, cognitivo y psicosocial para el resto de su vida (Castro Durán y Cano González, 2013; Cuervo Martínez, 2010; Henao López y García Vega, 2009; Moreno- Zavaleta y Granada- Echeverri, 2014; Richaud, Mestre, Lemos, Tur, Ghiglione y Samper, 2013a; Stassen Berger, 2016; Torío López, Peña Calvo y Rodríguez Menéndez, 2008; Valencia y Henao López, 2012). Al niño debe proporcionársele seguridad, caricias, contención y afecto para que alcance un adecuado desarrollo emocional, y relaciones cálidas e interacciones sociales para un buen desarrollo psicosocial (Amar Amar et al., 2005). El entorno familiar es

donde, en primera instancia, se establecen prácticas educativas que se convertirán en punto de referencia para los niños a la hora de lograr la socialización, el desarrollo de competencias emocionales, el manejo de estrategias de afrontamiento, niveles de prosocialidad, entre otras habilidades (Hena López y García Vega, 2009). Es en estos primeros momentos donde hay que optimizar, mejorar y poner a disposición todos los recursos necesarios para cubrir las distintas áreas del desarrollo humano, para cuidar y dar respuesta a las desventajas y carencias a las que se ven expuestos muchos niños.

5.4. Desarrollo, pobreza y vulnerabilidad socio- familiar

Todo grupo social está directamente afectado por su condición. La condición socioeconómica es particularmente importante para los niños, ya que incluye ventajas, desventajas, oportunidades y limitaciones, la historia pasada y las perspectivas futuras (Stassen Berger, 2016). El cerebro es especialmente sensible al estrés crónico, al maltrato, a la carencia física y afectiva, a la pobreza (Lipina, 2016). Esta última impone fuertes limitaciones al desarrollo y al progreso individual y colectivo. La pobreza significa estar sometido a privaciones injustas, materiales y/o simbólicas, que afectan el pleno desarrollo de las capacidades humanas y de integración social (Salvia, 2017). No se explica únicamente por los ingresos, sino también por otros factores tales como la zona de residencia, la estructura y composición familiar, el nivel educativo de sus integrantes y sus estrategias para la generación de ingresos (Jara y Sorio, 2013). De esta manera, la pobreza implica riesgos en el desarrollo (Ghiglione, Arán Filippetti, Manucci y Apaz, 2011; Huston, McLoyd y García Coll, 1994). La vulnerabilidad socio- familiar se entiende como un proceso de desarrollo humano donde el niño está expuesto a un deterioro psicofísico por privaciones en la alimentación, afecto, protección, educación, entre otras; y se relaciona con niños que han sido gestados, criados o socializados expuestos a ciertos factores que han ido restringiendo sus posibilidades de desarrollo individual y de socialización (Richaud et al., 2013a).

Como se mencionó anteriormente, el impacto de las desigualdades en el desarrollo infantil comienza durante el período prenatal y continúa en los primeros años de vida. La pobreza impacta sobre el desarrollo y funcionamiento del sistema nervioso, y algunos factores tales como la desigualdad, falta de comida, de estímulos, son muy frecuentes en estos contextos, haciendo que el cerebro de un niño pueda o no estar adecuadamente estimulado y en crecimiento (Lipina, 2016). Las precarias condiciones de vida de los hogares pobres constituyen un ambiente propicio para la emergencia de factores que aumentan de manera

considerable el riesgo infantil de presentar un desarrollo psicobiológico y social deficitario (Jadue, 1991). La pobreza es un fenómeno que afecta a más de la mitad de la humanidad y que condiciona las posibilidades de que las personas vivan sus vidas con dignidad (Lipina, 2016). Puede obstaculizar las oportunidades de crecimiento y aprendizaje de niños y adultos, hipotecando sus posibilidades de inclusión social, educativa y laboral durante todo el ciclo de la vida (Lipina, 2016). Es por esta razón que la red social y de cuidado que contiene o rechaza a los niños es de fundamental importancia.

Muchas de las carencias que conlleva la pobreza son de carácter simbólico: las condiciones de vida hacen que las oportunidades de estimular las competencias cognitivas y el desarrollo emocional, intelectual y social de los niños disminuyan debido a la incidencia de estresores en los ambientes de crianza (Lipina, 2016). Son muchos los padres que, por sus historias de vida y los contextos sociales, familiares o económicos en los que se desarrollan, no cuentan con las capacidades para asegurar la crianza, el desarrollo y el bienestar de sus hijos (Barudy y Dantagnan, 2010). El impacto de la pobreza sobre el desarrollo cognitivo y la adquisición de aprendizajes puede ser modulado no sólo por la acumulación de factores de riesgo presentes en los ambientes de crianza, sino también por las oportunidades de estimulación (Tuñón, 2015).

Gómez, Muñoz y Haz (2007) enumeran ciertas características de las familias en situación de pobreza y vulnerabilidad social: polisintomatología y crisis recurrentes, desorganización, abandono de las funciones parentales y aislamiento. La primera de ellas hace referencia a que estas familias suelen estar expuestas a una cadena de problemas y factores de estrés de gran complejidad y gravedad. La segunda característica tiene que ver con dinámicas familiares donde la estructura es caótica y la comunicación es disfuncional, soliendo haber conflictos en el desarrollo de los roles y la delimitación de las funciones de cada miembro de la familia. La tercera, el abandono de las funciones parentales, está vinculada a la tendencia de los padres a abandonar sus funciones, mostrando en muchos casos incompetencia y negligencia (Barudy, 1998). Finalmente, el aislamiento tiene que ver con el distanciamiento físico y emocional de la familia extensa y de las redes de apoyo, encontrándose las familias carentes de soporte frente a las crisis que atraviesan (Gómez, Muñoz y Haz, 2007).

5.5. Enfoque de derechos

Los niños y las niñas que viven en la pobreza sufren una privación de los recursos materiales, espirituales y emocionales necesarios para sobrevivir, desarrollarse y prosperar, lo

que les impide disfrutar sus derechos, alcanzar su pleno potencial, o participar como miembros plenos y en pie de igualdad en la sociedad (UNICEF, 2005). De esta definición se valora el enfoque de derechos y la perspectiva multidimensional, ya que se sostiene que toda persona debe contar con una serie de garantías para el desarrollo de sus capacidades en condiciones de dignidad y con plena integración a la vida social (Salvia, 2017). Se entiende la deuda social como el conjunto de privaciones económicas, sociales, políticas, psicosociales y culturales que recortan, frustran o limitan de manera injusta las capacidades de desarrollo humano y de integración social (ODSA, 2017). Toda persona debería contar con una serie de garantías para alcanzar su dignidad e integración social y que le permitan el pleno ejercicio de sus derechos en tanto persona. Algunas de las dimensiones de derechos consideradas primordiales son: alimentación, salud y hábitat, subsistencia, crianza y socialización, educación e información (Tuñón, 2018c).

Tabla 1. Dimensiones de derechos y factores asociados (Tuñón, 2018c).

DIMENSIÓN	DERECHOS	FACTORES ASOCIADOS
Alimentación, salud y hábitat	Alimentos en cantidad y calidad. Atención de la salud. Vivienda y saneamiento.	Seguridad alimentaria, alimentación gratuita, cobertura de salud, consultas médicas, calidad de la vivienda, saneamiento.
Subsistencia	Necesidades básicas cubiertas. Protección social.	Necesidades básicas cubiertas, ingresos, acceso a la seguridad social.
Crianza y socialización	Estimulación emocional e intelectual. Oportunidades para la socialización.	Cama o colchón propio, compartir cuentos o historias orales en familia, libros infantiles, festejo de cumpleaños, estilos de crianza, acceso a actividades recreativas.
Educación	Escolarización. Recursos en el campo de las ofertas educativas.	Escolarización, enseñanza de educación física, plástica, música o computación, enseñanza de un idioma extranjero, jornada extendida.

Información	Recursos y medios de comunicación. Participación a través de medios de comunicación.	Lectura de textos impresos, contar con biblioteca, uso de Internet y acceso al mismo, contar con computadora, contar con celular.
-------------	---	---

En la tabla pueden observarse ciertos derechos que deberían ser garantizados a las infancias para promover el desarrollo humano y social, partiendo de la base de que el riesgo alimentario vulnera el ejercicio de otros derechos básicos, tales como el sostenimiento de la vida, el derecho a la salud, a la educación, a jugar; de la misma manera que un hábitat inadecuado es determinante para el ejercicio de otros derechos fundamentales (Tuñón, 2018c). Los niños deberían crecer en condiciones favorables que posibiliten el despliegue de su potencial, lo que implicaría, entre otros factores, nutrición adecuada, protección, educación y afecto (Avondet, 2016), ya que ellos necesitan ser cuidados, estimulados, educados, socializados y protegidos, por al menos un adulto que satisfaga sus necesidades y garantice el respeto de sus derechos (Barudy y Dantagnan, 2010).

Dado que el desarrollo comienza en la concepción, las formas de cuidado recibidas desde ese momento quedan impregnadas en los seres humanos (Moreno- Zabaleta y Granada Echeverri, 2014). Algunas de las prácticas de cuidado que pueden llevarse o no a cabo desde el momento de la concepción tienen que ver con la asistencia a los controles prenatales, la aceptación del embarazo, el hecho de hablarle al bebé, acariciar el vientre y una buena alimentación (Moreno- Zabaleta y Granada Echeverri, 2014). Esta última es fundamental ya que hay diferentes nutrientes y factores de crecimiento que regulan el desarrollo neural desde la etapa prenatal, por ello la nutrición materna durante el embarazo es esencial para poder incorporar el tipo y cantidad de nutrientes adecuados para prevenir el desarrollo de eventuales trastornos en el sistema nervioso (Lipina y Segretin, 2015).

5.6. Nutrición y desnutrición desde el momento de la concepción

La calidad de la dieta repercute en el estado nutricional de la gestante y constituye un factor que afecta la salud de la embarazada y del niño (Almaguer, Sánchez, López Menes y Diago González, 2012). Durante el embarazo y en los primeros años de vida, el mayor impacto de la desnutrición lo sufre el cerebro del niño, ya que se producirán alteraciones metabólicas y estructurales irreversibles (Ortiz- Andrellucchi, Peña Quintana, Albino Beñacar, Mönckeberg Barros y Serra- Majem, 2006), por ello se recomienda que la dieta sea adecuada a la etapa de

la vida, sexo y estado del sujeto, suficiente para proporcionar la cantidad de energía y nutrientes que se necesitan, variada y equilibrada (Almaguer et al., 2012).

El impacto de la desnutrición sobre el desarrollo es un fenómeno complejo, donde ocurrirán deficiencias específicas según cómo cada red neural sea afectada; por ejemplo, la deficiencia de hierro ha sido asociada con cambios en la velocidad de procesamiento y en los niveles de desempeño en tareas motoras, emocionales y cognitivas (Lipina y Segretin, 2015). La situación se ve agravada por el hecho de que, en general, los niños que no tienen una nutrición adecuada también suelen estar privados de otros recursos materiales, afectivos y simbólicos (Lacunza, 2010; Lipina y Segretin, 2015). Algunas de las causas de la desnutrición tienen que ver con la ingesta insuficiente de alimentos, falta de atención adecuada, aparición de enfermedades infecciosas, falta de acceso a los alimentos, falta de atención sanitaria, utilización de sistemas de agua y saneamiento insalubres, prácticas deficientes de cuidado y alimentación, escasa educación, pobreza y desigualdad (Wisbaum, 2011). De esta manera, pobreza y desnutrición temprana se potencian y se reflejan en la salud, en la nutrición y en el desarrollo del niño (Di Iorio et al., 2000; Lacunza, 2010).

Para que el crecimiento y desarrollo se produzcan con normalidad, es fundamental una adecuada nutrición desde el momento de la concepción, estando la nutrición a la vez sometida a factores condicionantes como son los factores ambientales, económicos y culturales, que pueden actuar de manera favorable o desfavorable (Ortiz- Andrellucchi et al., 2006). Así, la desnutrición en los primeros años de vida afecta el crecimiento del individuo, pudiendo producir déficits en la talla y disminución del cociente intelectual y, sumado a la deprivación social y psicoafectiva a la que suelen verse sometidos estos niños, bajo desempeño en el proceso educativo (Ortiz- Andrellucchi et al., 2006). Las deficiencias nutricionales severas pueden causar daños irreversibles en el desarrollo del niño (Amar Amar et al., 2005), que cuando no logra satisfacer sus necesidades nutricionales en los primeros años de vida, suele ver afectado su crecimiento, su desarrollo cognitivo y madurativo, el rendimiento escolar y los procesos de integración social (Tuñón, 2018c). Como puede deducirse, la desnutrición infantil constituye un importante factor de riesgo para el desarrollo cognitivo (Mazzoni, Stelzer, Cervigni y Martino, 2014). En términos generales, una nutrición pobre durante la vida intrauterina y en los primeros años de vida puede derivar en efectos variados que incluyen un crecimiento físico y motor retardado, efectos generales en el desarrollo cognitivo, que pueden conducir a un bajo coeficiente intelectual, y un mayor grado de problemas conductuales y habilidades sociales deficientes en la edad escolar (Amar Amar, 2003).

Si los niños afectados por la desnutrición continúan expuestos a factores ambientales que no satisfacen sus necesidades básicas, las consecuencias se harán visibles durante la época escolar (Moreno- Zabaleta y Granada Echeverri, 2014). Sin embargo, si durante sus primeros años estos niños reciben cuidados que satisfagan sus necesidades básicas, entonces su desarrollo mental podrá rehabilitarse significativamente (Pollitt, 2002). Para lograr un desarrollo sano, físico y mental de los niños, es importante no sólo una nutrición adecuada sino también que sean criados y educados en un ambiente de aceptación, respeto, afectividad y estimulación (Barudy y Dantagnan, 2010).

5.7. El valor de la estimulación

La población más vulnerable a la pobreza es la infancia (Amar Amar, 2000; Tuñón, 2018b). Alrededor de un 17% de los niños en sus primeros años, en 2017, se encontraba en situación de vulnerabilidad en el espacio de la estimulación emocional e intelectual (Tuñón, 2018b). Ellos tienen derecho a jugar, a no ser maltratados ni explotados, a ser estimulados emocional e intelectualmente. Ciertas acciones, tales como leerles o contarles cuentos, jugar con ellos (juegos de mesa, juegos en la PC, arreglar o construir cosas), cantarles, enviarlos a centros educativos, brindarles un acompañamiento educativo, estimulan su desarrollo. El valor de la estimulación a través de la palabra en los primeros años es muy relevante para el desarrollo del máximo potencial del niño (Tuñón, 2018a). Estos estímulos a través de la palabra (contar cuentos, cantar) pueden ser protectores del desarrollo en condiciones de pobreza. Sin embargo, hasta el 2017, se estimaba que el déficit de cuentos e historias orales afectaba a 4 de cada 10 niños, siendo superior a medida que ascendía la edad y el niño ganaba autonomía; así como la carencia de libros infantiles en el hogar afectaba a casi 4 de cada 10 niños, siendo más elevado el déficit entre los más pequeños (Tuñón, 2018c).

El impacto de la pobreza sobre el desarrollo cognitivo, emocional y social de los niños depende de la cantidad de factores de riesgo a los que están expuestos, de los momentos de la vida en los que experimentan las privaciones y de su susceptibilidad al ambiente (Lipina, 2016). Diferentes factores pueden contribuir a que disminuyan las oportunidades de ser receptores de una afectividad saludable, una estimulación intelectual y emocional adecuada, entre otras carencias.

5.8. Desarrollo cognitivo y desempeño escolar

En la esfera cognitiva, el desarrollo se define a partir de los cambios que ocurren en los niños y que les permiten construir de manera progresiva diferentes tipos de capacidades,

estructuras y formas de funcionamiento para responder a las demandas del contexto; siendo estos cambios el resultado de la interacción dinámica entre las características individuales de cada niño y los contextos con los que interactúan (Orozco- Hormaza et al., 2012). Así, se considera al desarrollo cognitivo como el resultado de la interacción entre lo genético y lo ambiental, ejerciendo el ambiente un importante rol en el desarrollo infantil (Mazzoni et al., 2014).

La parentalidad se refiere a aquellas capacidades que tienen los padres para cuidar, proteger, educar a sus hijos y así, garantizarles un desarrollo suficientemente sano (Barudy y Dantagnan, 2010), y tiene un rol sumamente activo en la maduración cerebral y en el desarrollo cognitivo infantil, ya que desde el nacimiento, los niños requieren de la estimulación de sus padres, quienes se transforman en sus primeros educadores (Vargas- Rubilar y Arán Filippetti, 2014). Una de las funciones más importantes de la familia es aportar la estimulación necesaria para hacer de sus hijos personas con capacidades cognitivas adecuadas para relacionarse de modo competente con su entorno físico y social (Barudy y Dantagnan, 2005). La estimulación en el hogar es considerada un factor clave en la comprensión del impacto de la pobreza sobre el desarrollo cognitivo (Lacunza, 2010; Mazzoni et al., 2014). En la primera etapa de la vida, la estimulación va a tener que ver con la satisfacción de necesidades físicas, acompañadas de los estímulos necesarios para desarrollar las capacidades sensoriomotrices, las percepciones, la atención y la memoria; luego, se irán agregando estímulos para el desarrollo del lenguaje, la capacidad de pensamiento, la reflexión y las funciones ejecutivas (Barudy y Dantagnan, 2010; Vargas- Rubilar y Arán Filippetti, 2014). El contexto va a ser quien proveerá las prácticas cotidianas a partir de las cuales los niños tendrán experiencias que definirán los contenidos de sus procesos cognitivos y les permitirán construir categorías acerca del mundo físico y social con el cual interactúan, así las experiencias que tengan los niños contribuirán al cambio y a la construcción permanente de conocimientos (Orozco- Hormaza et al., 2012).

En el estudio del desarrollo cognitivo del niño, hay que tener en cuenta, además de su entorno familiar, la influencia de diversas variables situacionales tales como las características de la escuela y del barrio de pertenencia y el estrato socioeconómico (Vargas- Rubilar y Arán Filippetti, 2014). Hay investigaciones cuyos resultados indican que niños pertenecientes a niveles socioeconómicos bajos muestran bajos niveles de atención en comparación con niños de sectores socioeconómicos medios y, al mismo tiempo, que los niños de familias de bajos ingresos presentan bajas habilidades para leer, escribir y alcanzar logros académicos (Weatherholt, Harris, Burns y Clement, 2006). En la misma línea, se postula que la pobreza

suele estar asociada a desempeños cognitivos inferiores, presentando los niños en condición de pobreza atrasos en el desarrollo intelectual y en los logros escolares (Ghiglione et al., 2011; Musso, 2010); así, los niños que viven o han vivido en condiciones de pobreza, manifestarían una disminución de sus capacidades intelectuales, lo que posteriormente afectaría negativamente los procesos de aprendizaje (Mönckeberg y Albino, 2004). Sin embargo, otras investigaciones postulan que no es el nivel socioeconómico de las familias de los niños lo que incide de manera aislada en sus habilidades y logros, sino que son las expectativas que ellas puedan tener y los contextos de interacción, los que inciden en el desarrollo cognitivo de estos niños (Orozco- Hormaza et al., 2012).

Lo que ocurre en las familias que se encuentran en situación de pobreza es que la insatisfacción de necesidades básicas hace que su energía se centre en desarrollar estrategias de supervivencia priorizando la satisfacción de estas necesidades más elementales, en lugar de satisfacer otras necesidades tales como el afecto, la comunicación intrafamiliar, el apoyo psicológico y el ocuparse de que sus hijos adquieran experiencias relacionadas con el éxito en la escuela (Jadue, 1996). La pobreza excluye a un gran número de familias de los beneficios y recursos materiales que se necesitan para asegurar el buen cuidado de sus hijos, haciendo que no puedan ejercer de manera sana y adecuada su parentalidad, ya sea por las condiciones sociales y económicas en las que se encuentran, falta de trabajo o malas condiciones laborales, falta de vivienda o contextos de estrés, entre otros (Barudy y Dantagnan, 2010). Las dificultades económicas, ligadas al bajo nivel educativo de los padres hacen al niño más vulnerable, facilitando la ocurrencia de ciertas características ambientales que pueden afectar el desarrollo cognitivo e intelectual (Jadue, 1996).

Algunas características comunes en los hogares de bajo nivel socioeconómico que contribuirían al bajo rendimiento escolar son hacinamiento, carencia de un lugar adecuado donde el niño pueda realizar actividades relacionadas con la tarea escolar, escasez o ausencia de material de apoyo a las tareas escolares, baja escolaridad de los padres, ausencia del padre, escasa interacción madre- hijo que tenga relación con estrategias de aprendizaje escolar y altas expectativas de la madre respecto del futuro educacional y laboral de sus hijos (Jadue, 1996).

Tabla 2. Características comunes en los hogares de bajo nivel socioeconómico que contribuirían al bajo rendimiento escolar. Consecuencias (Jadue, 1996).

CARACTERÍSTICAS	CONSECUENCIAS
Hacinamiento	Afecta la concentración, la capacidad de retención y la discriminación entre estímulos auditivos y visuales.
Carencia de un lugar adecuado para realizar tareas escolares	Coarta el desarrollo del hábito de sentarse, fijar la atención, mirar figuras, escuchar una historia o un cuento, lo que conduce a un lenguaje poco desarrollado, conocimientos e imaginación débiles y atención fluctuante y poco sostenida.
Escasez o ausencia de material de apoyo a las tareas escolares	Dificulta el proceso de adquisición de la lectura y escritura, limita la ejercitación de los contenidos aprendidos en la escuela.
Baja escolaridad de los padres	Involucra la capacidad de elegir la adquisición de mínimos bienes, lo que influye en la no disponibilidad de textos y de materiales de apoyo a la tarea escolar, como también en la utilización que se haga de ellos.
Ausencia del padre	Limita en el niño la adquisición de ciertas experiencias y, por lo tanto, el desarrollo de la socialización.
Escasa interacción madre- hijo que tenga relación con estrategias de aprendizaje escolar	Impide que los niños sean provistos de experiencias que los ayuden a lograr un buen rendimiento escolar.
Altas expectativas de la madre respecto del futuro educacional y laboral de sus hijos	Discrepancias entre estas expectativas y las posibilidades que el medio en el que viven puede otorgarles para su satisfacción.

5.9. Desarrollo emocional y socialización

Los adultos de referencia de los niños tienen mucha importancia en los procesos de socialización, ya que ejercen modelos de rol esenciales a través de prácticas, formación en valores, expresión afectiva, acompañamiento en los procesos educativos, en las formas de comunicación que utilizan, las expectativas que transmiten a sus hijos, entre otros (Tuñón, 2018a). La socialización en la infancia se produce mediante las prácticas de crianza, que tienen que ver con la manera en que los padres orientan el desarrollo del niño y le transmiten un conjunto de valores y normas que facilitarán su incorporación al grupo social (Cuervo Martínez, 2010). Como se ha mencionado anteriormente, la familia es quien, mediante sus

prácticas educativas, permite el logro de estilos de socialización, el desarrollo de competencias emocionales y el manejo de estrategias de afrontamiento (Henaó López y García Vega, 2009).

El desarrollo emocional depende en gran parte de los vínculos con los cuidadores primarios y es la base para la adquisición de otras competencias que no podrían desarrollarse sin aquel (Richaud et al., 2013a). Las reacciones de los padres ante las emociones de sus hijos juegan un papel importante en el desarrollo socioemocional de los mismos (Cuervo Martínez, 2010), ya que a lo largo de la infancia, los niños comienzan a reconocer en las expresiones faciales distintas emociones y a establecer pautas de conducta de acuerdo a lo que observan en las expresiones de los demás (Izard, 1994). Las expresiones faciales, el juego, el tono de voz utilizado, así como también la intensidad de estas manifestaciones, son indicadores que poseen valor comunicativo y que los niños van interpretando (Brazelton y Cramer, 2011).

La forma en que los niños ponen de manifiesto sus emociones va a depender de aquellas que hayan conocido y del tipo de situaciones a las que están expuestos (Henaó López y García Vega, 2009). Los niños que se encuentran en condición de pobreza tienden a mostrar una declinación en su desarrollo socioemocional y problemas en la autorregulación tales como dificultad para regular sus emociones y en la cooperación entre pares (Musso, 2010). Sin embargo, cuando padres se muestran flexibles y sensibles a los puntos de vista de sus hijos, posibilitan una mayor comprensión emocional en ellos (Henaó López y García Vega, 2009).

5.10. El apego seguro como factor protector

Padres e hijos se responden mutuamente sincronizando su conducta. Hacia el final del primer año, el apego seguro hacia los padres prepara la escena para la exploración independiente del niño (Stassen Berger, 2016). El entorno estimula la confianza del bebé, y la acción parental es uno de los pilares que permitirán la formación y el desarrollo de componentes emocionales en los niños (Henaó López y García Vega, 2009). El contacto físico, las caricias, los masajes, ser tomados y abrazados por sus padres, son tan fundamentales como los alimentos, ya que satisfacen la necesidad psicológica de sentirse vinculados afectivamente (Barudy y Dantagnan, 2010).

El apego es el vínculo afectivo que una persona tiene con otra. Se forma durante la infancia y persiste a lo largo de toda la vida (Stassen Berger, 2016). Hace referencia a una vinculación afectiva intensa, duradera, que se consolida y desarrolla entre dos personas a partir de sus interacciones recíprocas y que tiene por objetivo la búsqueda de seguridad, apoyo y protección. Es muy importante poder observar atentamente al bebé, responder afectuosa y

sensiblemente a las vocalizaciones, expresiones y gestos. Sin embargo, esto no es una tarea fácil, ser un padre exitoso supone un trabajo arduo, ya que para que los niños se desarrollen armoniosamente necesitan mucho tiempo y atención, y muchas veces esto implica sacrificar otros intereses y actividades (Barudy y Dantagnan, 2005; Bowlby, 2009).

El apego seguro con los cuidadores protege a los niños y se asocia positivamente con la regulación afectiva (Lipina, 2016; Páez, Fernández, Campos, Zubieta y Casullo, 2006). Resulta útil considerar al vínculo madre- hijo como el resultado de un conjunto de pautas de conductas características que se desarrollan en el entorno durante los primeros meses de vida y que tienen el efecto de mantener al niño en una proximidad más o menos estrecha con su figura materna.

La crianza en el ser humano depende de los lazos sociales. Implica la provisión por parte de ambos progenitores de una base segura a partir de la cual el niño puede hacer salidas al mundo exterior y a la cual puede regresar sabiendo con certeza que será bien recibido, alimentado física y emocionalmente, reconfortado si se siente afligido y tranquilizado si está asustado (Bowlby, 2009). Para lograr esto, es necesario mostrarse accesible, preparado para responder cuando el niño lo necesite y ayudar cuando así lo requiera. Los más estables emocionalmente y los que sacan el mejor partido de sus oportunidades son los que tienen padres que, si bien fomentan la autonomía de sus hijos, no son menos accesibles y sensibles cuando se recurre a ellos (Bowlby, 2009). Los modelos de crianza son un proceso relacional entre padres e hijos que comprende la forma de percibir las necesidades de los niños y de dar respuesta a ellas, protegiendo, educando y asegurando la socialización de los hijos (Barudy y Dantagnan, 2010). Poder responder a las necesidades (físicas y emocionales) del niño de manera más o menos adecuada, protegerlo, consolarlo, apoyarlo y captar y responder a sus señales en el momento apropiado, son actos que despiertan la confianza en el niño y llevan a consolidar un apego seguro. También hay otras formas de acercarse tales como jugar con él, cantarle, leerle cuentos, ir de paseo. El modo en que el niño es tratado por sus padres ejerce una poderosa influencia en su desarrollo. Tanto la calidad de la crianza como el estilo que adopten los padres para educar a sus hijos, son factores que juegan un papel fundamental en la determinación del ajuste social y emocional de los niños, siendo los patrones de interacción entre los padres y los niños de gran importancia para el desarrollo socioafectivo de estos últimos (Richaud, Mesurado, Samper- García, Llorca, Lemos y Tur, 2013b). El hecho de haber sido atendido, cuidado, protegido y educado es uno de los componentes más importantes de las relaciones afectivas que dan lugar a una persona sana (Barudy y Dantagnan, 2005).

A partir del establecimiento de un apego seguro, el niño confía en que sus padres serán accesibles, sensibles y colaboradores si él se encuentra en una situación adversa o atemorizante. Con esta seguridad, se atreve a hacer sus exploraciones del mundo (Bowlby, 2009). Esta pauta va desarrollándose a medida que el progenitor se muestra accesible y sensible a las necesidades de su hijo, así como también presente cuando busca protección y apoyo. Las expresiones faciales, el juego, el tono de voz utilizado son todos indicadores que el niño va interpretando. Algunos temas básicos son la confianza, el vínculo afectivo, la dependencia, la independencia, el control, la autonomía y la individuación. Es necesario que la madre cree, permita, acepte y regule una red de apoyo benefactora y protectora de manera que pueda cumplir totalmente las funciones de mantener a su hijo en vida y fomentar su desarrollo psíquico y afectivo (Stern, 1997).

5.11. Familia y procesos de interacción

Las características de cada individuo van a ir desarrollándose en su interacción con diferentes tipos de ámbitos de crianza (Lipina, 2016). La familia es el contexto de crianza más importante en los primeros años de vida, y es donde los niños adquieren las primeras habilidades (reír, hablar, jugar) y los primeros hábitos que contribuirán a su desarrollo y crecimiento (Avondet, 2016; Cuervo Martínez, 2010; Henao López y García Vega, 2009; Torío López et al., 2008; Valencia y Henao López, 2012). Mientras que los padres guían a sus hijos desde una dependencia total hasta las primeras etapas de autonomía, sus estilos de crianza pueden tener efectos tanto inmediatos como duraderos en el funcionamiento social de los niños en áreas que van desde el desarrollo moral, juego entre pares, hasta el desempeño académico (Bornstein y Bornstein, 2014). La acción parental es considerada una condición fundamental para el desarrollo infantil, ya que las acciones y los hábitos cotidianos que los padres realizan frente a sus hijos, las formas y manifestaciones de afecto y las acciones disciplinarias que se manifiestan en pautas, estrategias o estilos de interacción particulares, juegan un papel fundamental en el aprendizaje de habilidades y repertorios sociales, en la construcción de competencias comunicativas, en el desempeño emocional y en el desarrollo de las bases alfabetizadoras (Valencia y Henao López, 2012). Los padres son los modelos de referencia más importantes para los hijos, es por ello que las conductas que adopten van a tener su influencia sobre el desarrollo, ya sea positiva o negativa. Sin embargo, aunque el papel que desempeñan es muy importante, los niños no aprenden únicamente de ellos.

Numerosos factores van a contribuir a la definición de contexto de interacción familiar, tales como la caracterización de la organización familiar, las condición socioeconómica, las prácticas de entretenimiento, formación, protección, cuidado y de regulación del comportamiento que los padres implementen con sus hijos (Orozco- Hormaza et al., 2012). Se ha observado que familias que se encuentran en niveles altos de pobreza guardan relación con escasas prácticas de entretenimiento, protección y cuidado y regulación del comportamiento (Orozco- Hormaza et al., 2012). Esto podría deberse a que los conflictos que enfrentan los padres diariamente y el estrés que experimentan pueden influir sobre las características de los hijos y su ajuste emocional, ya que los problemas socioeconómicos, conflictos familiares y falta de redes de apoyo, afectan las pautas de crianza (Cuervo Martínez, 2010).

Es frecuente que los procesos de interacción padres e hijos vulnerados por la pobreza se caractericen por un bajo nivel de sostén y contención y escasas manifestaciones de afectos positivos como ternura y sensibilidad; soliendo haber baja expresividad afectiva, tendencia al desapego y a la negligencia, roles confusos, dificultad para establecer límites adecuados, maltrato o abandono en los casos más graves (Garret, Ng´andu y Ferron, 1994; Oros y Vargas Rubilar, 2012). En otras ocasiones, se da una predominancia de ausencia materna y/o paterna en lo que respecta al ejercicio de las funciones parentales (Avondet, 2016). Sin embargo, aún en condiciones de pobreza, el mantenimiento de prácticas de crianza adecuadas puede resultar en un factor protector del desarrollo infantil (Brody, Dorsey, Forehand y Armistead, 2002). Muchas familias en situación de pobreza logran desenvolverse satisfactoriamente y potenciar el desarrollo y bienestar de sus miembros a pesar de las situaciones adversas con las que conviven (Oros y Vargas Rubilar, 2012). La calidad de las relaciones interpersonales va a influir en la habilidad de los niños para enfrentar las amenazas a las que estén expuestos. La calidez, intimidad y el nivel de diálogo que los niños puedan alcanzar con sus padres va a actuar como un factor protector.

5.12. Competencias parentales y estilos educativos

Barudy y Dantagnan (2005), distinguen la parentalidad biológica de la parentalidad social. La primera hace referencia a la capacidad biológica de ser madre o padre, a la capacidad de procrear. La parentalidad social, por su parte, está relacionada con las capacidades que posee un padre o una madre para responder a las necesidades de sus hijos, siendo no sólo capaces de nutrirlos y cuidarlos, sino también de brindarles la protección y educación necesarias para desarrollarse adecuadamente, y tiene tres funciones fundamentales: la nutriente o afectiva, la

socializadora y la educativa (Barudy y Dantagnan, 2005). La primera hace referencia a la experiencia emocional que hace posible nutrir y cuidar a los hijos y está dada por el apego seguro y la capacidad de empatía que tengan los padres. La segunda, es la que hace posible la construcción del concepto de sí mismo o de la identidad de los hijos, ya que los padres funcionan como modelos de aprendizaje. La tercera, hace referencia a que los padres enseñan a sus hijos a través de diferentes modelos educativos, para que éstos sean capaces de convivir con su familia y con la comunidad, respetándose a sí mismos y a los demás (Barudy y Dantagnan, 2005). Una relación entre padres e hijos que cumpla estas funciones, más allá de la condición socioeconómica, favorecerá el adecuado desarrollo de los niños. Para que éstos lleguen a ser individuos creativos, capaces de resolver los problemas y retos que se les presentan, deben crecer en un clima de amor y atención, en el que sus padres les ofrezcan contención, afecto y seguridad (Amar Amar, 2000).

Los estilos educativos representan la forma de actuar de los adultos respecto a los niños ante situaciones cotidianas y tienen una gran repercusión y consecuencias evolutivas que no se circunscriben sólo a la etapa infantil, sino que se prolongan a lo largo de la vida (Torío López et al., 2008). Estas formas de actuar tienen que ver con el tono de la relación, el mayor o menor nivel de comunicación, la calidez o falta de ella, el nivel de apoyo y contención, el grado de control, el uso del poder y las conductas dirigidas a encauzar el comportamiento del niño. Las interacciones de calidad son aquellas que van a dejar huellas positivas en los niños, favoreciendo su posterior desarrollo.

Se han realizado numerosos trabajos e investigaciones sobre los estilos educativos parentales y su influencia sobre el desarrollo infantil. Uno de los modelos más elaborados es el de Baumrind (1966), quien tiene en cuenta la interrelación entre tres variables: control, comunicación e implicancia afectiva, para dar cuenta de tres estilos parentales: estilo autoritario, estilo permisivo y estilo autoritativo. Los padres autoritarios consideran la obediencia como una virtud, utilizan la fuerza o el castigo para imponerse, restringen la autonomía de los niños y no facilitan el diálogo, sino que establecen una relación unidireccional donde son ellos quienes dan las órdenes para que los niños las acepten. Los padres permisivos, por su parte, proporcionan gran autonomía a sus hijos, evitan el recurso de la autoridad, no son exigentes, les cuesta poner límites y buscan que sus hijos sean libres. Finalmente, los padres autoritativos o democráticos fomentan una comunicación bidireccional, razonan con sus hijos para que alcancen la autonomía e independencia e imponen roles para marcar un camino pero siempre con flexibilidad y abiertos al diálogo.

Otros autores, MacCoby y Martin (1983), reinterpretan las dimensiones propuestas por Baumrind, redefinen los estilos parentales en función del control o exigencia y el afecto o sensibilidad y postulan cuatro estilos: autoritario recíproco, autoritario represivo, permisivo indulgente y permisivo negligente. En el primero, que equivaldría al estilo autoritativo que propone Baumrind, los padres ejercen un control firme, consistente y razonado, establecen una relación recíproca con sus hijos, hay implicancia afectiva por parte de los padres, quienes responden con interés a las necesidades de sus hijos y la comunicación es bidireccional y abierta. En el segundo, en cambio, el control por parte de los padres es rígido, habiendo falta de reciprocidad y de diálogo, y caracterizándose por la comunicación unidireccional; este estilo haría referencia al autoritario. El estilo permisivo que había descrito Baumrind fue dividido por estos autores en dos estilos nuevos, ya que la permisividad puede manifestarse de maneras muy diferentes: el estilo permisivo indulgente y el permisivo negligente. El primero se caracteriza por la indiferencia de los padres ante las conductas del niño, ya sean positivas o negativas, por la permisividad y por la pasividad. Exigen poco a sus hijos y permiten que ellos expresen con libertad sus sentimientos e impulsos. Responden a sus necesidades y deseos, pero no son directivos ni asertivos, no ofrecen un modelo con el que los niños puedan identificarse. Por otra parte, los padres permisivos negligentes no se implican afectivamente en los asuntos de los hijos, su compromiso es nulo, ya sea por falta de tiempo o de interés como por negligencia o comodidad e invierten en sus hijos el menor tiempo posible (Torío López et al., 2008). A continuación se presenta una tabla identificando la conducta de los padres en función de cada estilo parental. Cabe señalar que existen distintas denominaciones para los estilos parentales que se refieren a las mismas conductas pero que varían según el autor. Por ejemplo el estilo permisivo es conocido también como estilo indulgente o no restrictivo; o el estilo democrático, llamado autoritativo o equilibrado.

Tabla 3. Características de la conducta de los padres según cada estilo parental.

ESTILO PARENTAL	CARACTERÍSTICAS DE LOS PADRES
Autoritario	<p>Normas y reglas rígidas.</p> <p>Castigos.</p> <p>Comunicación unidireccional, dan órdenes para que sus hijos las acepten.</p> <p>No facilitan el diálogo.</p> <p>Consideran la obediencia como una virtud.</p>

	<p>Restringen la autonomía de los niños.</p> <p>Alto grado de control y escasa receptividad.</p>
Permisivo	<p>Evitan el recurso de la autoridad, los castigos y restricciones.</p> <p>Les cuesta poner límites.</p> <p>Bajos niveles de control, pero con receptividad.</p> <p>Proporcionan gran libertad y autonomía a sus hijos.</p> <p>Extrema flexibilidad.</p> <p>Escasas exigencias hacia sus hijos.</p>
Negligente	<p>Indiferencia ante las actividades y conductas del niño.</p> <p>Invierten en los hijos el menor tiempo posible.</p> <p>No se implican afectivamente en los asuntos de sus hijos.</p> <p>Escaso uso de castigos, se toleran todas las conductas de los hijos.</p> <p>Poco control y receptividad.</p> <p>En muchos casos, rechazo hacia sus hijos.</p>
Democrático	<p>Afecto manifiesto.</p> <p>Sensibilidad ante las necesidades de los hijos.</p> <p>Comunicación bidireccional. Apertura al diálogo.</p> <p>Responsabilidad.</p> <p>Flexibilidad con autoridad.</p> <p>Explicaciones de las normas y reglas.</p> <p>Promoción del intercambio y de la comunicación abierta.</p> <p>Aceptación y control racional y democrático.</p>

La información y educación sobre los estilos óptimos de crianza de los hijos, al igual que el establecimiento temprano de prácticas efectivas, son tareas importantes tanto para el ajuste social del niño como para su éxito académico (Bornstein y Bornstein, 2014). Los niños que perciben un alto nivel de apoyo por parte de sus padres son más adaptativos, y el apoyo de los padres reduce los efectos negativos de los estresores sobre la salud mental de los niños (Richaud De Minzi, 2005). Esto se refiere a que cuando los niños se sienten aceptados y contenidos por sus padres, logran adaptarse más fácilmente a situaciones adversas. Sin embargo, cuando se sienten rechazados desarrollan conductas desadaptativas.

La adopción de un estilo parental que ejerce su autoridad con responsabilidad, afecto y flexibilidad pareciera ser el más beneficioso para el crecimiento emocional, moral e intelectual del niño (Bornstein y Bornstein, 2014). El modelo de familia democrática es el más propicio por ser el más educativo para favorecer el desarrollo de la personalidad de los niños y estimular sus capacidades, encontrándose su validez en el equilibrio entre el afecto y la autoridad y siendo importante establecer normas y límites (Torío López et al., 2008). Resultados de otras investigaciones también indican que las familias democráticas tienen un impacto positivo en el desarrollo y bienestar infantil (Richaud et al., 2013a), generan conductas adecuadas y adaptativas en sus hijos, posibilitan la comprensión emocional por parte de los mismos, logran el desarrollo de estabilidad, consistencia y responsabilidad (Hena López y García Vega, 2009), favorecen un mayor desempeño social (Valencia y Hena López, 2012), promueven afrontamientos adaptativos de la amenaza y defienden a los niños de la depresión y la soledad, así como las familias rechazantes promueven afrontamientos desadaptativos, soledad frente a los pares y depresión (Richaud De Minzi, 2005) y provocan un menor desarrollo de repertorios sociales (Valencia y Hena López, 2012).

Tabla 4. Consecuencias de cada estilo parental sobre los hijos.

	AUTORITARIO	PERMISIVO	NEGLIGENTE	DEMOCRÁTICO
Baumrind (1966)	Autonomía de los niños restringida. Relación unidireccional, que lleva a que los niños acaten las órdenes de sus padres.	Libertad de los hijos y gran autonomía.		Autonomía e independencia de los hijos, marcando un camino pero siempre con flexibilidad.
Bornstein y Bornstein (2014)	Se ven limitadas las oportunidades de los niños para tomar decisiones por sí mismos o	Los niños pueden carecer de la dirección y orientación necesarias para desarrollar		Beneficios para el crecimiento emocional, moral e intelectual de los niños.

	hacer valer sus necesidades.	valores morales y objetivos adecuados.		Incremento de las competencias sociales.
Hena López y García Vega (2009)	Excesiva obediencia sin saber por qué deben aceptar las reglas de sus padres. Menor empatía y desempeño emocional general.	Libre expresión de los sentimientos e impulsos. Menor empatía y desempeño emocional general.	Estilo parental menos exitoso.	Conductas adecuadas y adaptativas. Estabilidad emocional. Responsabilidad. Mayor nivel de comprensión emocional. Empatía. Expresión de los propios puntos de vista. Participación en la toma de decisiones familiares.
MacCoby y Martin (1983)	Obediencia hacia los adultos. Pobre autoconcepto de sí mismos.	Fuerte autoconcepto. Espontaneidad, originalidad y creatividad. Falta de autocontrol y autodominio. Frecuencia más alta de abuso de sustancias tóxicas y malas conductas escolares.	Escasas competencias sociales. Disfunción psicosocial y comportamental. Baja autoestima y autonomía. Escaso desarrollo de capacidades cognitivas y logros escolares.	Mayores competencias psicosociales.

		Menor compromiso con la escuela.		
Richaud De Minzi (2005)	Aversión a la soledad (no querer estar solo). Depresión. Afrontamientos desadaptativos como evitación cognitiva, búsqueda de gratificaciones alternativas e inhibición generalizada. Búsqueda de apoyo en personas ajenas a la familia y aparente inseguridad.	Depresión. Sentimientos de soledad.	Afrontamientos desadaptativos. Soledad frente a pares y frente a los propios padres. Depresión. Autovaloración negativa. Falta de energía. Tristeza.	Afrontamientos adaptativos de la amenaza. Defensa frente a la depresión y la soledad. Reducción de los efectos negativos de los estresores sobre la salud mental. Mayor autoestima y sentido de integración social. Se adaptan más fácilmente a nuevas situaciones.
Richaud, Mestre, Lemos, Tur, Ghiglione, y Samper (2013a)	Descontrol emocional.		Descontrol emocional. Problemas en el desarrollo socioemocional.	Estrategias funcionales de afrontamiento, tales como reestructuración cognitiva y acción sobre el problema. Resultados positivos en el

				desarrollo y bienestar infantil.
Richaud, Mesurado, Samper-García, Llorca, Lemos y Tur (2013b)	Consecuencias negativas en el desarrollo emocional de los niños.	Percepción de los niños de que carecen de un contexto de protección. Mayores niveles de inestabilidad emocional. Agresividad e impulsividad.	Consecuencias negativas para el desarrollo emocional. Inestabilidad emocional. Baja autoestima.	Desarrollo emocional positivo de los niños.
Torío López, Peña Calvo y Rodríguez Menéndez (2008)	Repercusiones negativas sobre la socialización de los niños, como la falta de autonomía personal y creatividad, desconfianza, menor competencia social, baja autoestima y autoconfianza. Dificultad para tomar decisiones por sí mismos.	Efectos socializadores negativos en los niños respecto a conductas agresivas y el logro de independencia personal. Bajo control de los impulsos y agresividad, escasa competencia social, carencias en la confianza en sí mismo, escaso respeto de normas, inseguridad.	Baja competencia social. Pobre autocontrol y escaso respeto a normas y personas. Escasa motivación. Baja autoestima e inseguridad. Inestabilidad emocional. Autoconcepto negativo. Bajos logros escolares.	Se favorece el desarrollo de la personalidad de los niños y se estimulan sus capacidades. Efectos positivos tales como desarrollo de competencias sociales, índices más altos de autoestima y bienestar psicológico, un nivel inferior de conflictos entre padres e hijos, iniciativa, autocontrol, motivación,

				autoconcepto realista, prosocialidad, entre otros.
Valencia y Henao López (2012)	Desempeño limitado. Menor repertorio social, que impide un desempeño social favorable.	Retardos en el desarrollo cognitivo, social y emocional. Menor competencia social. Comportamientos disfuncionales.		Seguridad. Independencia. Adaptación social. Confianza en sí mismos. Mayor repertorio de habilidades sociales.

Como puede observarse en la tabla 4, el estilo autoritario tiene consecuencias negativas en los niños, quienes ven restringida su autonomía, obedecen sin saber el por qué de las reglas, tienen un pobre concepto de sí mismos, desarrollan afrontamientos desadaptativos y ven afectado el proceso de socialización, entre otras. Por su parte, las investigaciones demuestran que el estilo permisivo genera gran libertad y autonomía en los niños, falta de autocontrol y autodominio, mayores niveles de inestabilidad emocional y efectos socializadores negativos. El estilo negligente, que no todos los autores tienen en cuenta para su estudio, parecería ser el estilo parental menos exitoso, ya que genera baja autoestima y autonomía, escaso desarrollo de capacidades cognitivas y competencias sociales, soledad frente a pares, depresión, tristeza, inestabilidad emocional y pobre concepto de sí mismo. Finalmente, el estilo democrático demuestra ser el más beneficioso para los niños, por generar autonomía e independencia, mayores competencias sociales, conductas adaptativas, estabilidad emocional, afrontamientos adaptativos de la amenaza y reducción de los efectos negativos de los estresores sobre la salud mental, entre otras características positivas.

La interacción entre el componente innato que tiene el ser humano y el entorno ambiental en el que se desarrolla, va a generar diferentes pautas cognitivas, afectivas y comportamentales que caracterizarán al niño y podrán actuar como factores protectores o de riesgo (Henao López y García Vega, 2009). Por ello, es fundamental que la familia sepa generar en su interacción un clima adecuado que satisfaga las necesidades de todos y donde se

establezcan relaciones participativas a través del contacto directo, ya que la familia educa a los niños no sólo a través de sus intervenciones educativas directas sino también a través del ambiente en que los hacen crecer (Torío López et al., 2008). Para ello es importante asegurar el cuidado y sano crecimiento de los niños, aportando la estimulación acorde a la etapa evolutiva y optimizando las buenas prácticas de crianza, para así minimizar los factores de riesgo.

Las competencias de los padres no están aseguradas por su capacidad de procrear, sino que la existencia de estas competencias depende de sus historias de vida y las condiciones en que les toca vivir, desarrollarse y ser padres (Barudy y Dantagnan, 2005). Los padres que viven en situación de vulnerabilidad social, más allá de la deprivación material a la que se ven sometidos, tienen una alta probabilidad de tener que enfrentar ciertas dificultades que afectan sus competencias parentales, tales como bajos niveles de educación, poca calificación para el trabajo, falta de acceso a trabajo y servicios, aislamiento, entre otros, siendo todos éstos factores que probablemente interactuarán produciendo un efecto en los estilos de crianza y en el desempeño de sus hijos (Richaud et al., 2013a). Cuando se está frente a contextos sociales desfavorables, ya sea por razones económicas y/o culturales, educar se vuelve una tarea difícil, ya que la vida cultural presente en estos contextos suele ser escasa (Castro Durán y Cano González, 2013).

Las secuelas psicológicas de los patrones relacionales caracterizados por carencias afectivas y mal manejo de la interacción entre los miembros de una familia, pueden inhibir u obstruir la capacidad de los miembros de alcanzar su pleno potencial para un desarrollo psicosocial saludable (Oros y Vargas Rubilar, 2012). En este sentido, el fortalecimiento emocional de las familias se tornaría una condición fundamental para superar estos patrones disfuncionales, logrando impactar directamente sobre el desarrollo emocional de los niños (Oros y Vargas Rubilar, 2012).

5.13. Teoría de los sistemas

Ninguna persona puede comprenderse de manera aislada y en un momento preciso, sino que cada uno es afectado por sus interacciones con los demás y con otros sistemas. Desde un abordaje sistémico, se postula que cada persona es afectada notoriamente por las interacciones de varios sistemas superpuestos, los cuales proveen el marco para el desarrollo.

La infancia es un proceso complejo caracterizado por la integración dinámica de un conjunto de contextos o sistemas de desarrollo que están en interacción continua y que cambian

con el tiempo (Bronfenbrenner, 1978). El primero de estos ámbitos, al cual se denomina microsistema, está formado por todas las personas e instituciones que tienen un contacto directo con el niño, como por ejemplo la familia, la escuela, el club, y es donde se realizan los intercambios materiales, emocionales y simbólicos del día a día. Tiene una relación cercana con el niño y modela de forma inmediata su desarrollo. El segundo ámbito, el mesosistema, está vinculado a las interacciones entre dos o más entornos en los que el niño interactúa, incluyendo la salud mental parental, los estilos de vida, el estrés ambiental y financiero, la estimulación ambiental, la relación entre la familia y el hogar comunitario, entre otros. El tercero, el exosistema, se refiere a entornos en los que ocurren hechos que afectan a quienes rodean al niño, como pueden ser las jornadas laborales de los padres, los programas de cuidado mientras sus padres trabajan, el acceso a la seguridad social, los recursos comunitarios, la falta de movilidad social. Estos tres sistemas se sostienen en un cuarto, el macrosistema, el sistema de normas, valores y expectativas de cada comunidad, donde se incluye en forma explícita e implícita la concepción que ésta posee sobre la infancia, el desarrollo y la pobreza (Lipina, 2016). A su vez, el tiempo histórico- evolutivo también adquiere su importancia, formando parte del cronosistema, dimensión del tiempo que considera las condiciones cambiantes personales y sociales a lo largo de la vida. Así, el desarrollo individual tendría lugar en el contexto de las relaciones familiares y dependería de la interacción con el entorno familiar inmediato así como también con otros componentes importantes del ambiente (Vargas- Rubilar y Arán Filippetti, 2014).

5.14. Pensando en propuestas de intervención

Como se mencionó anteriormente, existe una relación entre los factores ambientales y los factores genéticos, dado que el ser humano nace con un determinado potencial de aprendizaje y de habilidades que el ambiente puede facilitar u obstaculizar (Cusminsky et al., 1994; Peñaranda Correa, 2003). Los factores familiares, especialmente aquellos ligados a las características intrafamiliares, tales como baja escolaridad, estructura familiar disfuncional, estrés parental o presencia de violencia doméstica, son claves para comprender e intervenir en las familias que viven en contextos socialmente vulnerables; fortalecer la familia es una condición indispensable para la superación de la pobreza (Gómez et al., 2007; Oros y Vargas Rubilar, 2012). Hay familias en situación de pobreza que pueden afrontar exitosamente las dificultades y otras familias que podrían hacerlo si recibieran la ayuda adecuada, ya que cuando los vínculos familiares y los recursos psicológicos no se han desarrollado en forma natural, los profesionales de la educación y la salud pueden intervenir para promoverlos o fortalecerlos

(Oros y Vargas Rubilar, 2012). Para intervenir adecuadamente debe hacerse presente el problema, los recursos y un entrenamiento en cómo utilizar dichos recursos para afrontar los problemas (Gómez et al., 2007).

Para lograr una reducción considerable de la pobreza y la desigualdad, se necesita implementar programas de atención que contribuyan a la formación de capacidades que permitan a las familias alcanzar niveles aceptables de educación, salud y nutrición (Jara y Sorio, 2013). Los niños que participan de estos programas de atención logran mejores resultados cognitivos, conductuales y sociales, están mejor preparados para la educación en la escuela y tienen menor riesgo de padecer problemas de salud, entre otros beneficios (Amar Amar et al., 2005).

Dado que en los primeros años de vida se debe favorecer el desarrollo de los niños a su máximo potencial, se debería promover que las familias cumplan con sus funciones protectoras básicas, especialmente las relacionadas con el cuidado y crianza de los niños más pequeños (Jara y Sorio, 2013). La educación y la estimulación emocional pueden resultar útiles en los contextos de riesgo psicosocial por pobreza, ya que vivir con bajos ingresos puede favorecer el desarrollo de una baja autoestima, incrementar la frustración y aumentar el número de crisis y conflictos (Fan y Eaton, 2001). Las intervenciones educativas contribuyen a que los padres comprendan mejor las necesidades de sus hijos y mejoren sus habilidades parentales, ya que promueven mejoras que son valoradas positivamente por todos los miembros de la familia (Bartau Rojas y Caba Collado, 2009). Debe tenerse en cuenta la interacción padre-hijo y fomentar su participación y supervisión en el desarrollo del niño (Amar Amar et al., 2005).

Otra alternativa consiste en fortalecer los recursos psicosociales de padres e hijos, ya que esto alteraría de forma positiva el sistema familiar como unidad funcional (Oros y Vargas Rubilar, 2012). Se pretende reforzar la validez de las prácticas de crianza positivas y prevenir las prácticas negativas que impliquen el mantenimiento de conductas disfuncionales en los niños, por eso se proponen estrategias de prevención que fortalezcan los factores protectores en los diversos contextos y, especialmente, en las familias para optimizar las influencias ambientales en el desarrollo de los niños, contribuir a la generación de factores protectores y prevenir riesgos que puedan alterar el desarrollo de los niños (Oros y Vargas Rubilar, 2012; Valencia y Henao López, 2012). Se busca lograr el fortalecimiento emocional de las familias, ya que las secuelas psicológicas de los patrones relacionales caracterizados por carencias afectivas y mal manejo de la interacción entre sus miembros pueden obstruir o inhibir el intento

de los mismos por alcanzar su pleno potencial para un desarrollo psicosocial saludable (Oros y Vargas Rubilar, 2012). Así, al fortalecer los recursos emocionales de los padres o cuidadores primarios, se logra impactar directamente sobre el desarrollo emocional de los niños (Oros y Vargas Rubilar, 2012). No es suficiente únicamente identificar los recursos, sino que es necesario crear o fortalecer factores protectores (Oros, 2009).

Debe reconocerse la importancia de la familia como unidad de intervención, ya que cuando se fortalece la capacidad reflexiva de la familia respecto de sus prácticas y posibilidades de transformación, se comienza a visualizar un proyecto familiar basado en la idea de superación (Jara y Sorio, 2013). Se parte de la base de que la formación de los padres es parte de la educación de sus hijos y un método para promover su desarrollo (Cataldo, 1991). La educación de los padres o adultos significativos constituye un valioso aporte para el logro de mejores ambientes para el desarrollo de los niños (Peñaranda Correa, 2003). Entendiendo a la familia como escenario de aprendizaje y medio educativo, se considera necesaria la implementación de programas de educación para la vida familiar (Torío López et al., 2008). Por ello, una de las propuestas, desde la perspectiva ecosistémica, tiene que ver con coordinar las acciones educativas entre las familias, la escuela y la comunidad para contribuir conjuntamente al desarrollo y la educación de los niños (Oros y Vargas Rubilar, 2012). Se propone brindar talleres de carácter psicoeducativo en las escuelas, dirigidos a los padres, y donde se trabaje sobre dos ejes: el fortalecimiento emocional de los recursos emocionales de los padres y el entrenamiento para que los padres refuercen los recursos emocionales de sus hijos (Oros y Vargas Rubilar, 2012). Los primeros encuentros deberán ser flexibles, teniendo como objetivo principal conocer a los padres y generar un vínculo con ellos. Una vez establecido el vínculo y ganada la confianza de los padres, se podrá ir dirigiendo la atención hacia los propósitos que persigue el programa (Oros y Vargas Rubilar, 2012). Es importante que los talleres sean llevados a cabo por un equipo interdisciplinario y que siempre se enfatice en los recursos, y no en las deficiencias. Así, mediante la promoción de competencias parentales y el desarrollo sociopersonal de los padres y de los hijos, se difundirán acciones protectoras en los contextos de desarrollo de los menores (Bartau Rojas y Caba Collado, 2009). Dicha experiencia educativa pretende actuar tanto en el área de mejorar las capacidades de los padres para afrontar las dificultades que se les presentan en el cuidado y educación de sus hijos así como también fortaleciendo el desarrollo sociopersonal de los mismos (Bartau Rojas y Caba Collado, 2009). Se sugiere generar encuentros que resulten útiles y valiosos tanto para el niño como para su familia, donde se genere un vínculo de confianza y se propongan pequeños

cambios (Avondet, 2016). De esta manera, se puede proporcionar a los padres el apoyo que necesitan para mejorar sus estilos de crianza (Amar Amar, 2000). Muchas veces, brindar a los padres estrategias para fomentar nuevas capacidades parentales y ofrecer programas de rehabilitación de sus competencias, permite que establezcan la percepción de sí mismos a partir del desarrollo de rasgos positivos, como la capacidad de evaluarse en forma realista, asumir la responsabilidad de sus actos, tener confianza en sí mismos, entre otros (Barudy y Dantagnan, 2010).

Para prevenir situaciones de riesgo es necesario el fortalecimiento de potencialidades y vínculos familiares, lo que se logra mediante programas y servicios de protección social básica (Jara y Sorio, 2013). Dado que las prácticas de cuidado son condicionadas por los recursos y la información existente (Moreno- Zabaleta y Granada Echeverri, 2014), es importante brindar orientación y apoyo mediante programas de pautas de crianza que permitan prevenir dificultades en el desarrollo de los niños, con el fin de generar factores protectores en la familia y promoviendo estilos de crianza asertivos, competentes y positivos (Cuervo Martínez, 2010). Resultaría útil brindar a los padres o cuidadores primarios en situación de pobreza, oportunidades para aprender e incrementar las competencias instrumentales y socioafectivas, así como desarrollar sus potencialidades (Oros y Vargas Rubilar, 2012), ya que las intervenciones con niños implican muchas veces un trabajo con sus padres o referentes (Avondet, 2016). Se puede influir positivamente en las competencias parentales de distintas maneras, ya sea promoviendo su adquisición, facilitando sus mejorías o rehabilitándolas en el caso de que sea necesario (Barudy y Dantagnan, 2005).

Se destaca la importancia que tiene el formato de grupo para proporcionar apoyo a los padres, ya que éste les permite compartir sus experiencias en un contexto de aceptación no amenazante y, al compartir juntos sus inseguridades e inquietudes, logran avanzar juntos en la búsqueda de soluciones, sintiéndose menos culpables y con más ánimo para introducir pequeños cambios en las relaciones con sus hijos (Bartau Rojas y Caba Collado, 2009).

Otra estrategia para la atención y tratamiento de poblaciones vulnerables consiste en el acompañamiento familiar, a cargo de un profesional o educador entrenado para brindar apoyo a nivel familiar o personal, siendo algunos de los objetivos: promover la autonomía familiar, desarrollar capacidades para la autogestión, mejorar la participación de las familias en la estructura de oportunidades, lograr que alcancen condiciones básicas para salir de la pobreza, conserjería para la formación de competencias parentales que permitan el buen cuidado y

crianza de los niños, acompañamiento para la inserción laboral, acompañamiento para el cambio de comportamientos de riesgo, entre otros (Jara y Sorio, 2013). Se proponen estrategias de abordaje próximo y continuo para poder reconocer las necesidades de cada familia en particular y poder responder a ellas, donde la metodología del abordaje dependa del perfil de la familia atendida, de la naturaleza del cambio que se quiere acompañar y de los objetivos de la intervención (Jara y Sorio, 2013). La calidad del vínculo y la interacción cercana con las familias mejora la forma en que aprovechan las oportunidades, superan algunas limitaciones de acceso a los servicios y logran aprovecharlos más (Jara y Sorio, 2013).

Por otra parte, como propuesta para mejorar el desempeño escolar de los niños, se sugiere que los padres, pero especialmente las madres, sean entrenados en estrategias y prácticas que apoyen el proceso de enseñanza- aprendizaje de sus hijos. La mayoría de las causales de bajo rendimiento escolar pueden prevenirse por medio de acciones que las familias pueden brindar a sus hijos luego de talleres o capacitaciones, incorporando a los padres al quehacer educativo y proveyéndoles estrategias adecuadas para acompañar a sus hijos en el proceso educativo (Jadue, 1996). Es de gran importancia poder involucrar a la familia en la educación de sus hijos (Amar Amar, 2000).

Se postula que, al fortalecer los recursos socioemocionales, lingüísticos y cognitivos de los niños, aumentaría la funcionalidad del afrontamiento de la amenaza en contextos de vulnerabilidad social, es decir que si se aumentan los recursos de los niños y se logran generalizar a la mayor cantidad de situaciones posibles, ellos podrían afrontar las amenazas de manera funcional (Richaud de Minzi, 2013). Richaud de Minzi (2013) propone un procedimiento de intervención para el fortalecimiento de los recursos mencionados. Así, para fortalecer los recursos socioemocionales se incluyen estrategias como refuerzo positivo, análisis de costo- beneficio de las propias acciones, búsqueda de soluciones alternativas, entre otras. Para desarrollar el lenguaje hablado y escrito se sugiere llevar a cabo actividades tales como juegos con sonidos, palabras y letras, narración de historias personales, lectura de historias, noticias y otros materiales. Para fortalecer los recursos cognitivos, se propone realizar actividades para aumentar las habilidades de reflexividad y planificación. Finalmente, para desarrollar las habilidades sociales recomienda trabajar con el aprendizaje de normas sociales, fortalecimiento de acciones asertivas y promoción del comportamiento prosocial. Las habilidades sociales constituyen un medio excepcional de protección y promoción de la salud, ya que los comportamientos sociales positivos permiten la adaptación, la aceptación de los otros y el bienestar del niño, y pueden actuar como amortiguador del impacto de estímulos

estresantes y de los efectos negativos de la pobreza y la desigualdad social (Lacunza y Contini de González, 2009). El aprendizaje y práctica de las habilidades sociales facilita la adaptación del niño a diferentes grupos, contextos y situaciones (Lacunza y Contini de González, 2009). La intervención sobre los recursos en niños socialmente vulnerables juega un importante papel cuando los niños se encuentran frente a una amenaza (Richaud de Minzi, 2013).

En todos los casos, se propone la elaboración de estrategias desde una perspectiva integral que apele a la estabilidad, actuando sobre los factores de riesgo y promoviendo el desarrollo de factores protectores, para así lograr cambios positivos que impacten en todos los miembros de la familia (Avondet, 2016). Un modelo que tenga como objetivo el bienestar y el desarrollo integral de los niños debería evaluar y aportar recursos terapéuticos y educativos para generar cambios en las competencias parentales, cubrir las necesidades educativas singulares de estos niños, y favorecer y proteger los recursos tanto de los niños como de sus padres (Barudy y Dantagnan, 2005).

5.15. Los beneficios de las emociones positivas

Uno de los factores protectores que amortigua el impacto de las privaciones a las que están expuestos los niños son las emociones positivas, ya que éstas pueden contrarrestar e incluso prevenir los efectos nocivos que acarrea la pobreza, optimizando el funcionamiento de los niños al favorecer una apreciación más saludable de las dificultades y un afrontamiento más funcional de las mismas, y fomentar actitudes más tolerantes y persistentes ante las frustraciones (Oros, 2009). Es muy importante hacer énfasis en las emociones tales como el amor, la ternura, la gratitud, la simpatía, la serenidad, la satisfacción con uno mismo, ya que son estas emociones las que facilitan estilos de pensamiento creativos y flexibles, actitudes tolerantes frente a la frustración, posibilidades conductuales más variadas para resolver distintas situaciones y mayor tendencia a la proximidad interpersonal (Oros y Vargas Rubilar, 2012). Las emociones positivas permiten que los niños evalúen las circunstancias adversas desde una visión más favorable y facilitan el empleo de estrategias funcionales y adaptativas para enfrentarlas, previniendo la paralización frente a las dificultades y ayudando a los niños a hacer algo productivo ante las amenazas (Oros, 2009). Por ello, es fundamental identificar y optimizar las fortalezas de la familia en la crianza de los niños (Cuervo Martínez, 2010). En la misma línea, se recomienda no centrar la atención en los problemas y debilidades, sino pensar que, a pesar de las dificultades, las familias pueden desarrollar recursos que les permitan alcanzar su bienestar (Oros y Vargas Rubilar, 2012). La promoción de emociones positivas no

significa reemplazar las emociones negativas por las positivas, sino lograr un mejor balance entre ambas para atenuar las secuelas derivadas de vivencias críticas y favorecer el desarrollo de nuevos recursos más funcionales (Oros, 2009).

5.16. Resiliencia

En los contextos de vulnerabilidad social el concepto de resiliencia adquiere gran importancia ya que, en general, las familias que viven en estos contextos se caracterizan por estar expuestas a estrés, riesgos y falta de recursos para superar dichos riesgos (Richaud de Minzi, 2013). Sin embargo, muchas familias en situación de pobreza y vulnerabilidad logran desenvolverse satisfactoriamente y potenciar el bienestar de sus miembros a pesar de las situaciones adversas con las que conviven (Oros y Vargas Rubilar, 2012). La resiliencia es la capacidad que tienen los seres humanos para enfrentarse, sobreponerse y salir fortalecidos por la experiencia de la adversidad; y tiene que ver con aquellos factores o recursos que previenen que un riesgo se transforme en problema, haciendo que el riesgo resulte en logros funcionales (Richaud de Minzi, 2013). Por ello la resiliencia se convierte en una capacidad a promover al momento de intervenir con niños (Avondet, 2016). Ésta es posible cuando se da un conjunto de procesos mentales y sociales que posibilitan que la persona tenga una vida sana y constructiva a pesar de las adversidades a las que se enfrenta (Barudy y Dantagnan, 2010). Hay muchos comportamientos y acciones que se asocian a la resiliencia, las fortalezas internas promueven un funcionamiento cognitivo adecuado, éxito en las relaciones interpersonales y la habilidad para autorregularse (Richaud de Minzi, 2013).

El enfoque de la resiliencia, más que centrarse en las condiciones que mantienen la situación de pobreza, sugiere observar y trabajar aquellas otras que posibilitan un desarrollo más sano y positivo (Kotliarenco, Cáceres y Fontecilla, 1977). En el caso de los niños que se encuentran en dicha situación, es fundamental el desarrollo de recursos que les permitan hacer frente a los desafíos de su crecimiento, incluyendo las experiencias adversas que les toque vivir (Barudy y Dantagnan, 2005). La propuesta no sólo posibilita el desarrollo de nuevos comportamientos positivos sino que también promueve el fortalecimiento de las personas en situación de vulnerabilidad (Avondet, 2016). Se denomina “niños resilientes” a aquellos niños que logran superar la adversidad, las consecuencias negativas de la pobreza, la marginalidad, y avanzar en su desarrollo (Amar Amar, 2000). Resulta fundamental poder detectar factores protectores que puedan ser estimulados para promover la resiliencia, y así desarrollar capacidades, habilidades y recursos más funcionales (Avondet, 2016). Los factores protectores

pueden estar presentes en la personalidad de cada niño (autoestima, confianza, autonomía, independencia, sociabilidad, entre otros), en sus familias (unión cálida, estable, seguridad, valores firmes, actitud parental competente), y en la comunidad (red de relaciones sociales, pertenencia, ayuda) (Amar Amar, 2000). El fortalecimiento de recursos protectores, como la experiencia de emociones positivas o el desarrollo de habilidades sociales competentes podrían facilitar una mejor adaptación en distintos contextos de riesgo, ya que cuantos más recursos se fortalezcan, mayor podrá ser la posibilidad de resistir otros estresores (Oros, 2009).

6. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

Los datos recabados hasta el momento permiten apreciar la complejidad del tema abordado. Partiendo de la base de que el desarrollo es un fenómeno multidimensional, debe tenerse en cuenta que hay un conjunto de dimensiones físicas, emocionales y sociales que afectan el crecimiento y la calidad de vida de los niños. Muchas de las capacidades de los niños son capacidades potenciales, que requieren de una adecuada nutrición y estimulación para desarrollarse. Se puede visualizar que los primeros años son claves para la educación y que la familia, al ser el contexto primario del cuidado de la salud, es quien debe proveer la debida estimulación al niño y proporcionarle nutrición adecuada para la edad, protección, educación y afecto. Las prácticas educativas que se establezcan en el entorno familiar se convertirán en punto de referencia para los niños a la hora de lograr la socialización, el desarrollo de competencias emocionales y cognitivas y el manejo de estrategias de afrontamiento, entre otras habilidades.

Las condiciones ambientales actuarán como facilitadoras o inhibidoras del desarrollo, favoreciendo el mismo o bien retrasándolo. Es aquí donde la pobreza y la vulnerabilidad socio-familiar adquieren importancia, ya que pueden obstaculizar las oportunidades de crecimiento y aprendizaje, al imponer fuertes limitaciones al desarrollo y al progreso individual y colectivo. La condición socioeconómica es particularmente importante para los niños, ya que incluye ventajas, desventajas, oportunidades y limitaciones. El estar sometido a privaciones injustas, ya sean de índole material o simbólico, afecta el pleno desarrollo de las capacidades humanas. Las condiciones de vida y los estresores presentes en los ambientes de crianza pueden hacer que disminuyan las oportunidades de estimular las competencias cognitivas y el desarrollo emocional, intelectual y social de los niños.

El enfoque de derechos hace referencia a que toda persona debe contar con una serie de garantías para el desarrollo de sus capacidades y para alcanzar su integración social, que le permitan el pleno ejercicio de sus derechos en tanto persona. Algunas de las dimensiones de derechos consideradas primordiales son: alimentación, salud y hábitat, subsistencia, crianza y socialización, educación e información.

De los derechos mencionados, el derecho a la alimentación es muy importante, debido a que el riesgo alimentario vulnera el ejercicio de otros derechos básicos. Durante el embarazo y en los primeros años de vida, la nutrición es un punto fundamental a tener en cuenta, ya que cuando la dieta no proporciona la cantidad de energía y nutrientes que se necesitan, el niño

sufre el mayor impacto, pudiendo ver afectado su crecimiento a partir de déficits en la talla, disminución del cociente intelectual, problemas conductuales y habilidades sociales deficientes. Esta situación se ve agravada por el hecho de que, en general, los niños que no tienen una nutrición adecuada también suelen estar privados de otros recursos. Así, pobreza y desnutrición se potencian y se reflejan en la salud y en el desarrollo del niño.

En cuanto a la estimulación, cabe destacar que los niños tienen derecho a jugar, a no ser maltratados y a ser estimulados emocional e intelectualmente. Ciertas acciones, tales como leerles cuentos, jugar con ellos o cantarles estimulan su desarrollo. Todos estos estímulos pueden ser protectores del desarrollo en condiciones de pobreza. Sin embargo, en el año 2017, alrededor de un 17% de niños en sus primeros años se encontraba en situación de vulnerabilidad en el espacio de la estimulación emocional e intelectual, y el déficit de cuentos e historias orales afectaba a 4 de cada 10 de ellos.

El desarrollo emocional de los niños depende en gran parte de los vínculos con los cuidadores primarios, quienes ejercen modelos de rol a través de prácticas, formación en valores, expresión afectiva y formas de comunicación, teniendo así mucha importancia en los procesos de socialización y desarrollo emocional. La forma en que los niños pongan de manifiesto sus emociones va a depender de aquellas que hayan conocido, que sus padres les hayan transmitido y del tipo de situaciones a las que están expuestos. Cuando los padres se muestran flexibles y sensibles a los puntos de vista de sus hijos, posibilitan una mayor comprensión emocional en ellos.

El modo en que el niño es tratado por sus padres ejerce una poderosa influencia en su desarrollo. La acción parental es uno de los pilares que permite la formación y el desarrollo de componentes emocionales en los niños, a través del contacto físico, las caricias, y el ser tomados y abrazados por sus padres, que son tan fundamentales como los alimentos. Para lograr un apego seguro con sus hijos, es preciso que los padres respondan afectuosa y sensiblemente a las expresiones, gestos y necesidades de los mismos.

La parentalidad tiene un rol sumamente activo no sólo en lo que se refiere a la estimulación emocional sino también en el desarrollo cognitivo infantil. Una de las funciones más importantes de la familia es aportar la estimulación necesaria para que sus hijos logren un desarrollo cognitivo adecuado y alcancen el propio bienestar. Sin embargo, lo que ocurre en las familias en situación de pobreza es que la insatisfacción de necesidades básicas hace que se priorice la satisfacción de estas necesidades más elementales, en lugar de satisfacer otras como

el afecto, la contención y la comunicación intrafamiliar. En estos contextos, es frecuente que los niños tengan un bajo rendimiento escolar, debido a la incidencia de factores tales como hacinamiento, carencia de un lugar adecuado para realizar tareas escolares, escasez o ausencia de material de apoyo a las tareas escolares y baja escolaridad de los padres.

Como se ha mencionado, la acción parental es una condición fundamental para el desarrollo infantil, ya que es en la familia donde los niños adquieren las primeras habilidades y los primeros hábitos que contribuirán a su crecimiento. Los procesos de interacción padres e hijos vulnerados por la pobreza suelen caracterizarse por un bajo nivel de sostén y contención, y escasas manifestaciones de afectos positivos. Sin embargo, aún en condiciones de pobreza, el hecho de mantener prácticas de crianza adecuadas puede resultar en un factor protector del desarrollo infantil. Esto se debe a que muchas familias en situación de pobreza logran desenvolverse satisfactoriamente y potenciar el desarrollo y bienestar de sus miembros a pesar de las situaciones adversas a las que están expuestos.

Los estilos educativos de los padres tienen efectos que se prolongan a lo largo de la vida de sus hijos y se definen a partir de variables como la implicancia afectiva, el mayor o menor nivel de comunicación, la calidez o falta de ella, el nivel de apoyo y contención, el grado de control y el uso de poder. El estilo parental democrático, que ejerce su autoridad con responsabilidad, afecto y flexibilidad pareciera ser el más beneficioso para el crecimiento del niño, al favorecer el desarrollo de su personalidad y estimular sus capacidades. Por el contrario, el estilo autoritario traería consecuencias negativas, al restringir la autonomía de los niños y limitar sus oportunidades para tomar decisiones por sí mismos. El estilo permisivo también tendría sus consecuencias en los niños, como falta de autocontrol y autodominio, mayores niveles de inestabilidad y efectos socializadores negativos. El estilo menos exitoso parecería ser el negligente, al generar baja autoestima y autonomía, escaso desarrollo de competencias sociales, tristeza, inestabilidad emocional, entre otros. Es fundamental que la familia sepa optimizar las buenas prácticas de crianza para generar en su interacción un clima adecuado que satisfaga las necesidades de todos.

Dado que ninguna persona puede comprenderse de manera aislada y en un momento determinado, hay que tener en cuenta las interacciones de varios sistemas superpuestos que proveen el marco para el desarrollo. Cada uno se ve afectado por sus interacciones con los demás y con otros sistemas. Así, el desarrollo individual tiene lugar en el contexto de las

relaciones familiares y depende de la interacción con el entorno familiar inmediato y con otros componentes importantes del ambiente.

A la hora de intervenir con familias que se encuentran en situación de pobreza y vulnerabilidad socio-familiar, las propuestas tienen que ver con detectar el problema y los recursos con que cuenta el individuo o la familia para promoverlos y fortalecerlos; formar en capacidades que permitan a las familias alcanzar niveles aceptables de educación, salud y nutrición; promover que cumplan con sus funciones protectoras básicas, en especial las relacionadas con el cuidado y la crianza de los niños más pequeños; implementar programas de pautas de crianza para generar factores protectores en la familia; realizar intervenciones de carácter psicoeducativo para que los padres comprendan mejor las necesidades de sus hijos y mejoren sus habilidades parentales; reforzar la validez de las prácticas de crianza positivas y prevenir las negativas y aumentar los recursos de los niños y generalizarlos a la mayor cantidad de situaciones posibles. Siempre se debe tener en cuenta que fortalecer a la familia es una condición indispensable para la superación de la pobreza. Se debe actuar fundamentalmente sobre los factores de riesgo y promoviendo el desarrollo de factores protectores, ya que hay familias en situación de pobreza que pueden afrontar exitosamente las dificultades y otras familias que podrían hacerlo si recibieran la ayuda adecuada.

Uno de los factores protectores que amortigua el impacto de las privaciones a las que están expuestos los niños son las emociones positivas. Se sugiere fomentar actitudes más tolerantes y emociones como el amor, la ternura, la gratitud y la simpatía. Estas emociones les permiten a los niños evaluar las circunstancias adversas desde una visión más favorable y facilitan el empleo de estrategias funcionales y adaptativas para enfrentarlas. El enfoque de la resiliencia, más que centrarse en las condiciones que mantienen la situación de pobreza, propone observar y trabajar aquellas que posibilitan un desarrollo más sano y positivo.

Todo lo expuesto da cuenta de que los primeros momentos de la vida se revelan críticos y es en ellos donde hay que optimizar, mejorar y poner a disposición todos los recursos necesarios para cubrir las distintas áreas del desarrollo humano, para cuidar y dar respuesta a las desventajas y carencias a las que se ven expuestos muchos niños.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almaguer, C. C. C., Sánchez, L. C., López Menes, M. y Diago González, J. (2012). Nutrición y embarazo: algunos aspectos generales para su manejo en la atención primaria de salud. *Revista Habanera de Ciencias Médicas*, 11(1), 168-175.
- Amar Amar, J. (2000). Niños invulnerables: factores cotidianos de protección que favorecen el desarrollo de los niños que viven en contextos de pobreza. *Psicología desde el Caribe*, 5, 96-126.
- Amar Amar, J. (2003). *La importancia de los primeros años de vida en el desarrollo humano*. Barranquilla, Colombia: Uninorte.
- Amar Amar, J., Abello Llanos, R. y Tirado García, D. (2005). Efectos de un programa de atención integral a la infancia en el desarrollo de niños de sectores pobres en Colombia. *Investigación y Desarrollo*, 13(1), 60-77.
- Avondet, L. (2016). *Vulnerabilidad social, falta de sostén familiar: resiliencia como una capacidad a promover en intervenciones con niños y adolescentes en un primer nivel de atención* (Trabajo final de grado). Facultad de Psicología, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Bartau Rojas, I. y Caba Collado, M. A. (2009). Una Experiencia de Mejora de las Habilidades para la Parentalidad y el Desarrollo Sociopersonal de los Menores en Contextos de Desprotección Social. *Intervención Psicosocial*, 18(2), 135-151.
- Barudy, J. (1998). *El dolor invisible de la infancia: Una lectura ecosistémica del maltrato infantil*. Barcelona, España: Paidós.
- Barudy, J. y Dantagnan, M. (2005). *Los buenos tratos a la infancia. Parentalidad, apego y resiliencia*. Barcelona, España: Gedisa.
- Barudy, J. y Dantagnan, M. (2010). *Los desafíos invisibles de ser madre o padre. Manual de evaluación de las competencias y la resiliencia parental*. Barcelona, España: Gedisa.
- Baumrind, D. (1966). Effects of authoritative parental control on child behavior. *Child Development*, 37(4), 887-907.
- Ben- Arieh, A. (2008). Indicators and Indices of Children's Well-being: Towards a More Policy Oriented Perspective. *European Journal of Education*, 43(1), 37-50.

- Bornstein, L. y Bornstein M. H. (2014). Estilos Parentales y el Desarrollo Social del Niño. *Enciclopedia sobre el Desarrollo de la Primera Infancia*, 1-4.
- Bowlby, J. (2009). *Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Brazelton, T. B. y Cramer B. G. (2011). *La relación más temprana. Padres, bebés y el drama del apego inicial*. Buenos Aires, Argentina: Paidós Psicología Profunda.
- Brody, G. H., Dorsey, S., Forehand R. y Armistead L. (2002). Unique and protective contributions of parenting and classroom processes to the adjustment of African American children living in single- parent families. *Child Development*, 73(1), 274-286.
- Bronfenbrenner, U. (1978). The ecology of human development. Cambridge, MA: *Harvard*, 1-64.
- Castro Durán, L. I. y Cano González, R. (2013). Pobreza y vulnerabilidad: factores de riesgo en el proceso educativo. *Contextos educativos: Revista de educación*, (16), 55-72.
- Cataldo, C. (1991). *Aprendiendo a ser padres: Conceptos y contenidos para el diseño de programas de formación de padres*. Madrid, España: Visor.
- Cuervo Martínez, Á. (2010). Pautas de crianza y desarrollo socioafectivo en la infancia. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 6(1), 111-121.
- Cusminsky, M., Lejarraga, H., Mercer, R., Martell, M. y Fescina, R. (1994). *Manual de crecimiento y desarrollo del niño*. Organización Panamericana de la Salud.
- Di Iorio, S., Urrutia, M. I. y Rodrigo, M. A. (2000). Desarrollo psicológico, nutrición y pobreza (Argentina). *Revista chilena de pediatría*, 71(3), 263-274.
- Fan, A., y Eaton, W. (2001). Longitudinal study assessing the joint effects of socioeconomic status and birth risks on adult emotional and nervous conditions. *British Journal of Psychiatry*, 178(40), 78-83.
- Garret, P., Ng'andu, N. y Ferron, J. (1994). Poverty experiences of young children and the quality of their home environments. *Child Development*, 65(2), 331-345.

- Ghiglione, M. E., Arán Filippetti, V., Manucci, V. y Apaz, A. (2011). Programa de intervención, para fortalecer funciones cognitivas y lingüísticas, adaptado al currículo escolar en niños en riesgo por pobreza. *Interdisciplinaria*, 28(1), 17-36.
- Gómez, E., Muñoz, M. M. y Haz, A. M. (2007). Familias multiproblemáticas y en riesgo social: características e intervención. *Psyche*, 16(2), 43-54.
- Hena López, G. C. y García Vega, M. C. (2009). Interacción familiar y desarrollo emocional en niños y niñas. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, niñez y juventud*, 7(2), 785-802.
- Huston, A. C., McLoyd, V. C. y García Coll, C. (1994). Children and poverty: Issues in contemporary research. *Child Development*, 65(2), 275-282.
- Izard, C. E. (1994). Innate and universal facial expressions: Evidence from developmental and cross- cultural research. *Psychological Bulletin*, 115, 288- 299.
- Jadue, G. (1991). Problemas educacionales que plantean los niños con deprivación sociocultural. *Estudios Pedagógicos*, 17, 111-123.
- Jadue, G. (1996). Características familiares de los hogares pobres que contribuyen al bajo rendimiento o al fracaso escolar de los niños. *Revista de Psicología de la PUCP*, 14(1), 35-45.
- Jara, P. y Sorio, R. (2013). *Análisis de modalidades de acompañamiento familiar en programas de apoyo a poblaciones vulnerables o en situación de pobreza*. Banco Interamericano de Desarrollo.
- Kotliarenco, M. A., Cáceres, I. y Fontecilla, M. (1977). *Estado de Arte en Resiliencia*. Organización Panamericana de la Salud.
- Lacunza, A. B. (2010). Procesamiento cognitivo y déficit nutricional de niños en contextos de pobreza. *Psicología y Salud*, 20(1), 77-88.
- Lacunza, A. B. y Contini de González, N. (2009). Las habilidades sociales en niños preescolares en contextos de pobreza. *Ciencias Psicológicas*, 3(1), 57-66.
- Lipina, S. (2016). *Pobre cerebro. Los efectos de la pobreza sobre el desarrollo cognitivo y emocional, y lo que la neurociencia puede hacer para prevenirlos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

- Lipina, S. J. y Segretin M. S. (2015). 6000 días más: evidencia neurocientífica acerca del impacto de la pobreza infantil. *Psicología Educativa*, 21(2), 107-116.
- MacCoby, E. E. y Martin, J. (1983). Socialization in the context of the family parent- child interactions. *Handbook of child psychology*, 4, 1-101.
- Mazzoni, C. C., Stelzer, F., Cervigni, M. A. y Martino, P. (2014). Impacto de la pobreza en el desarrollo cognitivo. Un análisis teórico de dos factores mediadores. *LIBERABIT*, 20(1), 93-100.
- Mönckeberg, F. y Albino, A. (2004). *Desnutrición, “el mal oculto”*. Caviar Bleu.
- Moreno- Zavaleta, M. T. y Granada- Echeverri, P. (2014). Interacciones vinculares en el sistema de cuidado infantil. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 12(1), 121-134.
- Musso, M. (2010). Funciones ejecutivas: Un estudio de los efectos de la pobreza sobre el desempeño ejecutivo. *Interdisciplinaria*, 27(1), 95-110.
- ODSA (2017). *Las múltiples dimensiones de la pobreza desde un enfoque de derechos (2010-2016)* (Informe de avance). Observatorio de la Deuda Social Argentina.
- Oros, L. (2009). El valor adaptativo de las emociones positivas. Una mirada al funcionamiento psicológico de los niños pobres. *Revista Interamericana de Psicología*, 43(2), 288-296.
- Oros, L. B. y Vargas Rubilar, J. A. (2012). Fortalecimiento emocional de las familias en situación de pobreza: Una propuesta de intervención desde el contexto escolar. *Suma Psicológica*, 19(1), 69-80.
- Orozco- Hormaza, M., Sánchez- Ríos, H. y Cerchiaro- Ceballos, E. (2012). Relación entre desarrollo cognitivo y contextos de interacción familiar de niños que viven en sectores urbanos pobres. *Universitas Psychologica*, 11(2), 427-440.
- Ortiz- Andrellucchi, A., Peña Quintana, L., Albino Beñacar, A., Mönckeberg Barros, F. y Serra- Majem, L. (2006). Desnutrición infantil, salud y pobreza: intervención desde un programa integral. *Nutrición hospitalaria*, 21(4), 533-541.
- Páez, D., Fernández, I., Campos, M., Zubieta, E. y Casullo, M. M. (2006). Apego seguro, vínculos parentales, clima familiar e inteligencia emocional: socialización, regulación y bienestar. *Ansiedad y estrés*, 12(2-3), 329-341.

- Peñaranda Correa, F. (2003). La educación a padres en los programas de salud desde una perspectiva de desarrollo humano. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1(1), 207-230.
- Pollitt, E. (2002). *Consecuencias de la desnutrición en el escolar peruano*. Lima, Perú: Fondo Editorial PUCP.
- Richaud de Minzi, M. C. (2005). Estilos parentales y estrategias de afrontamiento en niños. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 37(1), 47-58.
- Richaud de Minzi, M. C. (2013). Influencia del fortalecimiento de recursos socioemocionales, cognitivos y lingüísticos sobre el afrontamiento de la amenaza. Un estudio en niños en vulnerabilidad social. *Revista Peruana de Psicología y Trabajo Social*, 2(2), 87-96.
- Richaud, M. C., Mestre, M. V., Lemos, V., Tur, A., Ghiglione, M. y Samper P. (2013a). La influencia de la cultura en los estilos parentales en contextos de vulnerabilidad social. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 31(2), 419-431.
- Richaud, M. C., Mesurado, B., Samper- García, P., Llorca, A., Lemos, V. y Tur, A. (2013b). Estilos parentales, inestabilidad emocional y agresividad en niños de nivel socioeconómico bajo en Argentina y España. *Ansiedad y estrés*, 19(1), 53-69.
- Salvia, A. (Coord.) (2017). *Hacia una erradicación de la pobreza. Dimensiones de la pobreza y la importancia de su medición multifactorial. Argentina urbana 2010- 2016* (Versión preliminar). Observatorio de la Deuda Social Argentina.
- Stassen Berger, K. (2016). *Psicología del desarrollo: infancia y adolescencia*. Editorial Médica Panamericana: 9° edición.
- Stern, D. N. (1997). *La constelación maternal. Un enfoque unificado de la psicoterapia con padres e hijos*. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica.
- Torío López, S., Peña Calvo J. V. y Rodríguez Menéndez M. C. (2008). Estilos educativos parentales. Revisión bibliográfica y reformulación teórica. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 20, 151-178.
- Tuñón, I. (2018b). *Diferentes representaciones de la pobreza infantil en la Argentina (2010-2017)* (Documento de investigación). Buenos Aires, Argentina: Educa.

- Tuñón, I. (2018c). *(In)equidades en el ejercicio de los derechos de niñas y niños. Derechos humanos y sociales en el período 2010- 2017* (Documento estadístico). Barómetro de la Deuda Social de la Infancia. Serie EDSA Agenda para la Equidad. Buenos Aires, Argentina.
- Tuñón, I. (Coord.) (2015). *Desafíos del desarrollo humano en la primera infancia*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Tuñón, I. (Coord.) (2018a). *Caracterización de las familias. Primera Encuesta bienal de las familias de la ciudad de Buenos Aires 2017*. Buenos Aires, Argentina: Educa.
- UNICEF (2005). *La infancia amenazada: Estado mundial de la infancia 2005*. UNICEF NY.
- Valencia, L. I. y Henao López, G. C. (2012). Influencia del clima sociofamiliar y estilos de interacción parental sobre el desarrollo de habilidades sociales en niños y niñas. *Persona*, (15), 253-271.
- Vargas- Rubilar, J. y Arán Filippetti, V. (2014). Importancia de la Parentalidad para el Desarrollo Cognitivo Infantil: una Revisión Teórica. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 12(1), 171-186.
- Wisbaum, W. (2011). *La desnutrición infantil: causas, consecuencias y estrategias para su prevención y tratamiento*. UNICEF España.

8. ANEXO

- ✓ TEXTO: Niños invulnerables. Factores cotidianos de protección que favorecen el desarrollo de los niños que viven en contextos de pobreza.

Autor: Amar Amar, J.

Año: 2000

Síntesis y comentarios: Esta investigación trata el tema de la resiliencia y llama “niños resilientes” a aquellos que logran superar la adversidad, las consecuencias negativas de la pobreza y avanzar en su desarrollo. Una de las preguntas que da origen a la investigación tiene que ver con por qué algunos niños se desarrollan adecuadamente a pesar de encontrarse en desventaja y otros no lo logran. Se contemplan los factores de protección que pueden estar presentes en la persona, en la familia y/o en la comunidad y se refuerza el hecho de transformar las debilidades en fortalezas. La utilidad de esta investigación radica en la profundidad con la que trata el tema de la resiliencia y de los factores de protección.

- ✓ TEXTO: Vulnerabilidad social, falta de sostén familiar: resiliencia como una capacidad a promover en intervenciones con niños y adolescentes en un primer nivel de atención.

Autor: Avondet, L.

Año: 2016

Síntesis y comentarios: Este es un trabajo final de grado donde se realiza una articulación de contenidos y se plantea un enfoque de promoción de la salud, considerando de gran valor la resiliencia, y contemplando los efectos de la vulnerabilidad social y falta de sostén familiar en la salud de niños y adolescentes. Se pueden encontrar aportes sobre las características de experiencias tempranas, desarrollo infantil, familias multiproblemáticas y vulnerabilidad social, efectos en la salud de niños y adolescentes, promoción de la resiliencia e intervenciones desde un primer nivel de atención. Es de utilidad para visualizar la importancia del sostén familiar especialmente en los primeros años de vida, donde es fundamental la adecuada nutrición, protección, educación y cuidado de los niños. Propone abordajes que actúen sobre los factores de riesgo y donde se descubran los factores protectores presentes en las personas para promoverlos y fortalecer a las familias.

- ✓ TEXTO: Los buenos tratos a la infancia. Parentalidad, apego y resiliencia.

Autores: Barudy, J. y Dantagnan, M.

Año: 2005

Síntesis y comentarios: Este libro parte de la base de que los buenos tratos hacia los niños aseguran el adecuado desarrollo y el bienestar infantil. El hecho de que los padres sepan responder correctamente a las necesidades de sus hijos tiene que ver con brindarles cuidado, protección, educación, respeto y contención. Se contempla el tema de los malos tratos inadvertidos, que muchas veces no tienen que ver con la violencia física, sino con el abandono de las funciones parentales. Así, se distingue la parentalidad biológica (capacidad de procrear) de la parentalidad social (capacidad de responder adecuadamente a las necesidades de los hijos). Es de utilidad para profundizar en el tema de la parentalidad y para fundamentar que los buenos tratos y el cuidado son una de las necesidades básicas de todo ser humano, así como también para destacar que la evaluación de las competencias parentales es necesaria para proponer medidas que tiendan a proteger a los niños.

- ✓ TEXTO: Los desafíos invisibles de ser madre o padre. Manual de evaluación de las competencias y la resiliencia parental.

Autores: Barudy, J. y Dantagnan, M.

Año: 2010

Síntesis y comentarios: Este libro retoma el tema de las competencias parentales y describe cómo es el proceso en el que se adquieren las mismas, explicando que cuando las historias de vida y las condiciones sociales y culturales no permiten que los adultos adquieran esas competencias, existe el riesgo de que reaccionen de manera inadecuada ante sus hijos y generen en ellos ciertas consecuencias. Se hace hincapié en la importancia que tienen la nutrición y estimulación para el desarrollo adecuado de los niños, así como también el hecho de crecer en un ambiente de aceptación, respeto y afectividad. También se trata el tema de la resiliencia y cómo ésta permite superar las situaciones adversas a las que se ven expuestos muchos niños. Este libro es útil para comprender con mayor profundidad lo que son las competencias parentales y cuáles son las necesidades infantiles, que van más allá de lo que es la alimentación.

- ✓ TEXTO: Interacción familiar y desarrollo emocional en niños y niñas.

Autores: Henao López, G. C. y García Vega, M. C.

Año: 2009

Síntesis y comentarios: Esta investigación aborda los estilos de interacción entre padres e hijos y su relación con el desarrollo emocional de los niños, explorando las asociaciones entre el estilo de interacción familiar y el desarrollo emocional infantil. Se considera al entorno familiar como el contexto primario del cuidado de la salud y donde se adquieren las primeras habilidades, y se postula que el estilo equilibrado genera conductas adecuadas y adaptativas en los niños, posibilitando mayores niveles de comprensión emocional. Su utilidad radica en la descripción que se hace de los estilos de interacción y en la importancia que se le da a la familia en el desarrollo emocional y social de los niños.

- ✓ TEXTO: Análisis de modalidades de acompañamiento familiar en programas de apoyo a poblaciones vulnerables o en situación de pobreza.

Autores: Jara, P. y Sorio, R.

Año: 2013

Síntesis y comentarios: Este texto sostiene que para lograr una reducción sostenible de la pobreza es necesario generar programas sociales e implementar políticas de desarrollo que incluyan el apoyo a las poblaciones vulnerables, la protección del capital humano y el combate de la pobreza. A lo largo del mismo se analizan distintos programas y modos de intervención, como el acompañamiento familiar y otras modalidades de abordaje familiar, que han servido de base para formular distintas propuestas de intervención en familias, teniendo en cuenta la modalidad grupal y el seguimiento de dichas familias.

- ✓ TEXTO: Pobre cerebro. Los efectos de la pobreza sobre el desarrollo cognitivo y emocional, y lo que la neurociencia puede hacer para prevenirlos.

Autor: Lipina, S.

Año: 2016

Síntesis y comentarios: En este libro se resalta la importancia del ambiente en el que se desarrollan las personas, más allá de lo genético, postulando que para el crecimiento del sistema nervioso, el afecto y la estimulación son fundamentales. Se describe cómo las condiciones ambientales inciden en el crecimiento en cada momento del ciclo vital, incluso antes del nacimiento. Se explica que todo cerebro, desde su formación, es sensible al estrés, al maltrato,

a la carencia física y afectiva, a la desnutrición, pero que pueden contrarrestarse sus efectos. Este libro fue de gran utilidad para el desarrollo del TIF, ya que sirvió para establecer las bases del trabajo al tratar los efectos de la pobreza sobre el desarrollo cognitivo y emocional.

- ✓ TEXTO: Fortalecimiento emocional de las familias en situación de pobreza: Una propuesta de intervención desde el contexto escolar.

Autores: Oros, L. B. y Vargas Rubilar, J. A.

Año: 2012

Síntesis y comentarios: Este paper expone por qué la educación y la estimulación emocional resultan útiles en los contextos de riesgo psicosocial y propone fortalecer los recursos emocionales de los padres o cuidadores primarios para impactar de modo directo en el desarrollo emocional de los niños. Trata bastante el tema de la resiliencia y presenta un enfoque positivo, resultando útil para comprender algunos de los efectos de la pobreza y para entender por qué el fortalecimiento de las familias es indispensable para superar esta condición. También propone una serie de estrategias de intervención con sus respectivos objetivos.

- ✓ TEXTO: Estilos educativos parentales. Revisión bibliográfica y reformulación teórica.

Autores: Torío López, S., Peña Calvo, J. V. y Rodríguez Menéndez, M. C.

Año: 2008

Síntesis y comentarios: Este artículo, mediante una revisión bibliográfica y reformulación teórica, parte de la base de que los padres son los modelos de referencia más importantes para sus hijos. Se analizan los distintos estilos parentales, desde los estudios realizados por Baumrind, y se explican sus consecuencias, por ejemplo la falta de apoyo y de responsabilidad en los padres generan consecuencias que no permiten a los hijos alcanzar un desarrollo equilibrado. Su utilidad radica en la síntesis que se hace de los estilos parentales y sus consecuencias educativas, que lleva a una comprensión bastante completa del tema. Se concluye que los padres tienen una gran influencia sobre sus hijos y se menciona la importancia que tiene la generación de un clima familiar adecuado, donde puedan satisfacerse las necesidades de todos los miembros de la familia y establecerse relaciones de calidad.

- ✓ TEXTO: Influencia del clima sociofamiliar y estilos de interacción parental sobre el desarrollo de habilidades sociales en niños y niñas.

Autores: Valencia, L. I. y Henao López, G. C.

Año: 2012

Síntesis y comentarios: Este estudio analiza la influencia de los estilos parentales y del clima sociofamiliar sobre el desarrollo de habilidades sociales en los niños, revelando que a mayor presencia de acciones equilibradas y mayor clima participativo, los niños tienen un mayor desempeño social, a diferencia de cuando se utilizan estrategias autoritarias, que llevan a un menor desarrollo de repertorios sociales. Dado que la familia tiene un papel fundamental, las acciones educativas que implementen y su forma de relacionarse con sus hijos adquieren gran importancia. Se concluye que las familias equilibradas, que se caracterizan por el diálogo, las expresiones de afecto y las normas definidas con claridad, favorecen en los hijos el desarrollo de repertorios sociales más amplios.